

PALABRAS DEL RECTOR

*Al Sr. Ing.^o Julio R. Custirrius,
Rector de la Universidad de la Plata*

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

Vicente C. Gallo
1 de Mayo 1935

PALABRAS DEL RECTOR

Dr. VICENTE C. GALLO

PRONUNCIADAS DURANTE EL PRIMER AÑO DE SU EJERCICIO

JUNIO 1° DE 1934 - MAYO 30 DE 1935



BUENOS AIRES

IMPRENTA DE LA UNIVERSIDAD

—
1935

**ACEPTACIÓN DEL CARGO DE RECTOR
DE LA UNIVERSIDAD**

(Mayo 17 de 1934)

Recibo con explicable e íntima emoción el aviso oficial de mi elección de Rector de la Universidad de Buenos Aires, para suceder en el cargo al doctor Angel Gallardo, de grata y perdurable memoria por sus eminentes servicios al país y a la superior cultura de la República.

La forma en que se ha realizado esta elección, singularmente prestigiosa para mi nombre y auspiciosa a la vez para la labor que me impone, en cuanto encierra la promesa de una amplia y solidaria colaboración, acrecienta el honor que la posición en sí misma entraña. El rectorado de la Universidad nacional de Buenos Aires es una cumbre — la más alta cumbre de la vida espiritual de la República — y llegar a ella es

a la par que insigne honor, pesada carga de responsabilidades. Lo reconozco, y al proclamarlo declaro que mi primer deber, el más imperativo y permanente, será el de hacerme digno del honor conferido, trabajando sin descanso ni fatigas por el engrandecimiento de la Universidad, y por el mayor esplendor de su obra y de sus destinos en plena y activa solidaridad con sus autoridades, sus profesores y sus estudiantes.

Formado en la Universidad de Buenos Aires y aunque alejado en los últimos años de las actividades de su docencia, he seguido su desarrollo y sus inquietudes con simpatía y con fe en su acción; no traigo ni prejuicios ni compromisos con círculos o tendencias, y en el fondo de mi espíritu, junto a un profundo respeto a la tradición universitaria argentina que alumbró los caminos del porvenir como un gran foco, no siento sino el fervor de una labor constructiva, generosa y fecunda, de paz en todos los corazones, de elevada disciplina en todos los escenarios y de amplia cultura para honor de la Nación y de sus instituciones.

Muchas gracias, señores; en hora próxima, al asumir oficialmente el rectorado habré de expresar mi pensamiento sobre los problemas actuales

de la Universidad; mientras tanto podéis llevar la seguridad de que, desde este instante, soy el primer soldado de su causa y de sus destinos, de que al servicio de ellos habré de poner cuanto una larga actuación en la vida pública me haya permitido conquistar modestamente en simpatías, en experiencia o en autoridad y de que, al estrechar la mano del señor vicerrector, entiendo sellar un pacto de honor y de solidaridad con todos y cada uno de vosotros para una obra de superior patriotismo.

AL RECIBIR EL RECTORADO DE LA UNIVERSIDAD

(Julio 1° de 1935)

Excmo. señor Presidente de la Nación;
Señor ministro de Instrucción pública;
Señor vicerrector;
Señores consejeros de la Universidad;
Señoras, señores:

El escenario de esta ceremonia, dentro de su sencillez es propicio a las evocaciones y a los augurios por los recuerdos que suscita y por la luz que enciende en las inteligencias. Desde hace más de treinta años aquí se cumple el acto de la transmisión del rectorado de la Universidad de Buenos Aires, y en este mismo salón sus autoridades superiores han vivido las horas afanosas, y a veces agitadas, de su evolución democrática bajo la influencia de aspiraciones y de esperanzas renovadoras — a la vez que bajo la celosa vigilancia espiritual de sus rectores históricos,

los de sus días iniciales como Sáenz, los de su período constructivo como Gutiérrez y los de su organización legalista como Avellaneda —, presentes ellos y los demás a todas horas, cual los manes titulares de sus destinos y depositarios intangibles de su tradición.

Están ausentes el ceremonial aparatoso y los emblemas simbólicos que caracterizaron las grandes fiestas de la inteligencia en los días creadores de la revolución emancipadora, pero la íntima y sustantiva significación del acto sigue siendo la misma: afirmación de vida por la Universidad, renovación de votos y de augurios para perpetuación de su obra. No se oye el tronar de los cañones, ni repican las campanas de las iglesias, ni vibran en el ambiente las notas sonoras de tambores y de clarines como el 12 de agosto de 1821, en las naves del templo de San Ignacio — pero en el fondo de las almas, encendida por la conciencia de altos y permanentes deberes públicos, arde serenamente la llama inextinguible de las consagraciones y de los fervores patrióticos al servicio de la función civilizadora y docente, científica y nacionalista asignada a la Universidad de Buenos Aires desde los días iniciales de su fundación — con el concepto de que

las democracias no son realmente grandes y fuertes, sino cuando sobre la riqueza material crece la flor magnífica de la cultura universitaria.

La nueva universidad nace cuando la independencia de la Nación no sólo ha sido declarada, sino que está asegurada por la espada de sus guerreros gloriosos; realiza un voto que viene formulado desde la época colonial y está destinada a dotar al país, junto con la de Córdoba, de los hombres de ciencia y de gobierno que sobre la base de una más generalizada ilustración y en escenario de actividades más amplias han de reemplazar a los egresados de las viejas universidades del Virreinato, en la tarea siempre árdua y honrosa de orientar los destinos y dirigir la vida de una nación.

Sus caracteres y sus funciones están consignados en la fórmula del juramento que el gobernador, don Martín Rodríguez, requiere de las autoridades universitarias, en el acto solemne e histórico de la instalación. Ese juramento, escrito en el estilo de la época y especialmente en el tan característico de don Bernardino Rivadavia, contiene en sus enunciados el programa de lo que debe ser y hacer la Universidad. Su lectura impresiona como una profecía cumplida y a la vez

como un mandato a ejecutar; es una voz del pasado remoto que resuena como una palabra de orden e imperativa en el presente; encierra la comprobación de que las grandes instituciones sociales como las universidades, si son susceptibles de modificar sus organizaciones internas y sus modalidades de acción, tienen en el fondo y en cuanto a sus finalidades esenciales, algo de inmutable y de sagrado que se salva en medio de las tormentas destructoras y se perpetúa triunfalmente en la prolongación de los tiempos.

La primera parte de aquella fórmula contiene esta pregunta: «¿Juráis a Dios, Nuestro Señor, y estos santos Evangelios y prometéis a la patria defender la libertad e independencia del país bajo el orden representativo y el único imperio de la ley?»

He aquí el primer deber de la Universidad: defender la libertad y la independencia del país; es un deber de orden patriótico que obliga la fervorosa consagración de todas las energías individuales y la actividad infatigable de la nueva institución. No será necesario hacerlo, sino accidentalmente, en los campos de batalla vistiendo con el uniforme del soldado a sus profesores y sus alumnos, pero habrá de cumplirse en el orden

moral por la mayor difusión de la cultura, por la más firme solidaridad social, por la formación de una conciencia nacionalista que la preserve de toda absorción extranjera y que la destaque con los atributos de poder y de justicia, de autoridad y de derecho, que hacen grandes a las naciones, fecundos los sacrificios, luminosos sus destinos e intangible la insignia material que los simboliza. El patriotismo no necesitará asumir la forma del valor heroico en la acción guerrera, pero tendrá que ser fuerza educadora en la sociedad y energía civilizadora en la vida pública, pasión fervorosa en los dominios de la ciencia, de las artes y de la moral para suscitar los altos ideales que ennoblecen la existencia de los pueblos y acercan fraternalmente los corazones humanos.

Esa es obra de la Universidad y sólo la Universidad puede realizarla con eficacia, sobre todo en países nuevos, en curso de formación, porque es obra de inteligencia y de cultura, de renovada fe y de perseverante esfuerzo, que ha de cumplirse dominando las pasiones políticas, disciplinando las energías sociales e imponiendo la autoridad de los ideales sobre los instintos y los intereses materiales.

Pero esta defensa de la libertad e independencia del país se califica con el agregado final de que ha de ser «bajo el orden representativo y el único imperio de la ley». Los fundadores de la Universidad no quieren que ésta pueda ser instrumento de despotismo o agente de anarquía. La referencia al orden representativo y al único imperio de la ley, caracteriza la misión de la Universidad en el terreno de la política institucional del país. Ella podrá ser, y lo será en el hecho, cuna de héroes civiles, pero no será nunca tumba de ninguna libertad. Esa misión habrá de realizarla no con las armas, sino por el afianzamiento de la nacionalidad, la asimilación del extranjero, la glorificación del pasado, el culto rendido a sus grandes hombres y a sus ideales cívicos, por la consagración de sus afanes a la grandeza de la patria como entidad moral y a su paralela prosperidad material. Ella deberá ser el órgano esencial de la civilidad argentina, intérprete, representante y animador de la misma por su función cultural y de disciplina social, y por la afirmación nacionalista de su enseñanza, no en oposición a las instituciones armadas a las que la República confía la defensa material de su territorio y el honor de sus destinos y de

sus símbolos, sino en una superior concordancia de inspiraciones y de propósitos, porque «nada conviene tanto a una república para su régimen y seguridad, como ornarse con las ciencias y decorarse con las armas». «Aquéllas la ilustran, éstas la conservan. Aquéllas la dirigen en la paz; éstas la defienden en la guerra. Son los ejes en que debe girar un estado para ser próspero y tranquilo», según las palabras conceptuosas del doctor don Manuel Antonio Castro, primer director y prefecto de la Academia de jurisprudencia, — palabras conceptuosas que pueden repetirse en cualquier instante y en especial en horas de inquietudes para serenarlas, como expresivas de la tradición nacional y evocadoras de la labor solidaria que al servicio de la organización institucional de la República han cumplido, cada una en su esfera, sus fuerzas militares y sus clases civiles, sus soldados y sus universitarios, bajo la advocación y las inspiraciones de un común patriotismo.

Conservémosle ese carácter y acentuémoslo, si fuera necesario, para que la Universidad, mediante la obra que realiza, continúe defendiendo la libertad y la independencia del país, bajo el orden representativo y el único imperio de la

ley, frente a los peligros que puedan amenazarlas surgidos del desenfreno de la pasiones demagógicas o emergentes de las absorciones despóticas de la fuerza.

Los fundadores de la Universidad no la concibieron como una nueva aunque importante oficina pública o como un rodaje más en el organismo administrativo del país. Le asignaron, al contrario, el carácter de una alta institución del Estado, con autonomía, recursos pecuniarios propios, exenciones y derechos. Por eso la fórmula del juramento pregunta al rector y a los doctores presentes: «¿Juráis y prometéis conservar y sostener todos los fueros y privilegios de la Universidad?»

La pregunta tenía en aquellos días lejanos, y sigue teniéndola en los presentes, una fuerza de evocación muy grande. Recuerda a las universidades inglesas y trae a la memoria aquellas páginas impresionantes en que Macaulay relata la lucha de la Universidad de Oxford con Jacobo II y su famoso canciller Jeffreys, en defensa de su privilegio tradicional de nombrar su presidente con independencia de todo poder y de entre sus agregados. Desconocido este derecho y ante la pretensión real en nombre del absolutismo de

su autoridad, de consagrar un candidato, la Universidad se resiste, invocando sus fueros; tropas armadas penetran violentamente en su local para imponer la voluntad real, pero el portero arroja a la calle las llaves del despacho oficial para impedir la entrada; no se encuentra en la ciudad un cerrajero que consienta violentar la cerradura; el ecónomo se niega a borrar de los libros el nombre del legítimo presidente; los estudiantes rehusan descubrirse ante los nuevos profesores y desertan de sus clases; uno solo de los antiguos, accesible a la seducción de los ofrecimientos, es ignominiosamente expulsado por sus camaradas y la palabra condenatoria del atentado resuena vibrante y ardiente en los cafés, en las cortes de justicia, bajo la cúpula de las catedrales, en los presbiterios y en los condados más lejanos, y Oxford, pacífico refugio de la ciencia y del realismo, ofrece un espectáculo semejante al de Londres el día en que Carlos I intentó arrestar a cinco miembros del Parlamento. Pero esto sólo ocurre y puede suceder donde las universidades se identifican con la sociedad en que desarrollan su misión, viven su propia existencia, interpretan sus aspiraciones, calman sus inquietudes y serenán sus pasiones;

con su enseñanza alumbran el camino de sus destinos y con su bandera en alto marchan a la cabeza de todas las conquistas del progreso. Así, sin duda, quisieron sus fundadores que fuera la Universidad de Buenos Aires. Por eso rodearon el acto de su erección de pompa extraordinaria; consagraron de hecho como sus padrinos a un guerrero glorioso de la Independencia y al genio civil de concepciones más altas y de mayores esplendores de la Revolución; por eso eligieron como sitio de la celebración la iglesia de San Ignacio, hicieron que las tropas formaran en las calles adyacentes, que el cuerpo diplomático fuera oficialmente invitado y que se confundieran bajo la mirada anhelosa de la multitud asistente los capirotos universitarios y los uniformes militares, las insignias de la fe y las espadas del ejército, la bandera argentina y la enseña de la Iglesia católica, como para testimoniar que la nueva institución surgía auspiciada por todas las fuerzas sociales y políticas de la época y debía dedicar sus afanes en el futuro a labrar el progreso y la grandeza de la Nación en una calurosa y fecunda identificación con sus aspiraciones y sus ideales.

Para conquistar esa posición no hay sino que

acercar más la Universidad al pueblo, mediante una irradiación más amplia de su función docente y una mayor participación en sus emociones y sus inquietudes. La Universidad debe recibir el testimonio diario de la adhesión popular, sentirse confortada por su respeto y estimulada por su simpatía; debe tener no sólo la gratitud de los hogares cuyos hijos se ilustran en sus aulas, se atienden en sus salas o institutos de asistencia médica, se ejercitan en sus laboratorios o se adiestran en sus escuelas especiales, sino la expresión efusiva de la cordialidad pública, atenta siempre a satisfacer con diligencia sus necesidades, acompañarla en sus iniciativas, ampararla y defenderla llegado el caso, frente a cualquier atentado contra su autonomía y la integridad de sus fueros, en nombre de la fuerza, y a cualquier acción disolvente dentro de su seno como fruto de la indisciplina o del desorden.

Por última vez se escucha la voz del gobernador Rodríguez formulando la tercera pregunta: «¿Juráis y prometéis — dice — obedecer al cancelario y rector de la Universidad, al tribunal literario y a la muy ilustre sala de doctores?»

¡Cuántas veces, señores, en días de tumulto, cuando parecía perdida para siempre dentro de

la Universidad la noción de jerarquía y de disciplina, inherente a la cultura universitaria, he sentido vibrar esas palabras en lo hondo del espíritu angustiado, como un llamamiento supremo al deber de todos, como una incitación a la cordialidad colectiva, como una voz venida desde lo alto de la historia, recordando a unos y a otros que la autoridad se afirma mejor en la tolerancia que en la fuerza, y que la protesta y la violencia no son medios adecuados para alcanzar justicia ni obtener reformas!

Salvada está la Universidad en el presente y confiemos que lo sea para siempre de esos peligros bajo la triple garantía de un elevado sentimiento de justicia en sus autoridades, de una mejor comprensión de sus deberes, de sus derechos y de sus conveniencias por parte del alumnado y de un espíritu de sincera colaboración entre profesores y estudiantes en la obra solidaria de engrandecerla por el desarrollo de su enseñanza científica y profesional, por la serenidad de su vida espiritual y por el éxito de su tarea formativa de hombres para el gobierno y de ciudadanos para la vida pública.

Propender a que la Universidad de Buenos Aires, realizando en su plenitud el anhelo de sus

fundadores y el voto íntimo de la Nación, acen-
túe en su funcionamiento las modalidades y
características que acabo de recordar, será el
objetivo primordial de mis afanes, sin descuidar
los problemas que, como medios conducentes a
lograr esa finalidad se plantean y habrán de
crearse todos los días, y entre los cuales no serán,
por cierto, los menos urgentes e importantes
los que ha mencionado el señor vicerrector,
mejor conocedor que yo de sus necesidades y de
sus aspiraciones, por su prestigiosa actuación
universitaria. Para lograrlo necesito y reclamo
la colaboración del Consejo superior, de todas
las facultades y sus institutos científicos y de
enseñanza, de su ilustrado cuerpo docente, cada
vez más numeroso y más calificado a la vez, y
de la legión todos los días acrecida de sus estu-
diantes y sus centros representativos. La obra
debe ser solidaria en obligaciones y responsabi-
lidades, cada uno en su esfera, para que el honor,
si lo hay, sea en su hora equitativamente com-
partido.

Vengo, aunque no de inmediato, de los campos
de la política. He actuado en ellos desde la in-
fancia, sin apartarme nunca de las actividades
universitarias; he dado a la vida cívica de la

República lo mejor de mi propia vida, en pensamiento, en ideales, en acción. He conocido sus triunfos y sus adversidades, sus cumbres perturbadoras y sus valles de silencioso reposo, y más de una vez he escuchado a mi alrededor el tronar de la tormenta. Siento por ello, en esta hora, el deber de decirles que, respetuoso de la neutralidad religiosa y política de la Universidad, y conservando en su integridad mis convicciones de hombre y de ciudadano, no traigo a ella ni he de traerle mientras tenga el honor de estar a su frente, pasiones, prejuicios ni compromisos, y que si algo puedo aportarle en este terreno serán las enseñanzas que a manera de experiencia he recogido en el camino de una prolongada actuación, en el curso de la cual he aprendido que la tolerancia es la virtud máxima de estas democracias tantas veces alumbradas por las llamaradas de hogueras encendidas por el encono partidario; que la ecuanimidad, como hermana casi gemela de la justicia, es el resorte más eficaz para prevenir o resolver los conflictos creados por los derechos y los intereses en lucha, y que no hay desmedro, sino honor en reconocer y rectificar los propios errores, dando la razón al adversario, cuando de servir al país se trata,

con la pasión del bien público como fuente de inspiración.

Excmo. señor presidente de la Nación:

Os agradezco vuestra presencia en esta ceremonia; es homenaje justamente tributado a la Universidad de cuyas aulas habéis retirado con honor diploma de ingeniero civil; y es estímulo reconfortante a los que en su seno trabajan con afán patriótico por su mayor esplendor. La consideramos, además, expresiva de vuestra severa preocupación por la orientación y la eficacia de su obra docente y cívica y, en tal sentido, promisoro de vuestro amplio concurso para la seguridad de su éxito. Aceptamos complacidos esta tácita promesa, y habremos de recordárosela si fuere necesario, con el concepto de que cuanto los poderes públicos de la Nación realicen en el orden moral y material para afianzar, estimular y ampliar la obra de su superior cultura, será siempre servicio eminente rendido a la República y a la dignidad esplendorosa de su porvenir, y para el gobernante que lo preste, limpio y fresco laurel recogido en campos extraños a las luchas de la política.

Señor vicerrector: Gracias por las conceptuosas palabras con que habéis recordado mi vida

de estudiante y de universitario y formulado vuestro voto por el éxito de la labor que asumo. Cierro los ojos a la realidad material de esta escena, e imaginativamente supongo que recibo en este momento de vuestras dignas manos y como un insigne honor, los emblemas de la autoridad que otrora fueran inherentes al cargo de Rector de la Universidad. Os prometo, y por vuestro intermedio a la asamblea universitaria que me ha conferido tan excelsa distinción, os prometo custodiarlos celosamente, como valioso y sagrado depósito confiado a mi patriotismo, a mi responsabilidad y a mis deberes. Los recibo con una emoción semejante a la que agitara mi alma el día en que, armado para la lucha profesional, recogía, hace 37 años, mi diploma de abogado y mis medallas de premios entregadas por el decano de la Facultad de derecho, doctor don Manuel Obarrio, de respetable y prestigioso recuerdo, y cuya memoria evoco en este momento para rendir homenaje en la suya a la de todos los viejos profesores universitarios, anteriores a la reforma, y que en las diversas facultades enseñaron a la juventud con ejemplar dignidad, pensando y sabiendo que toda visión retrospectiva sugiere una enseñanza, y que en toda rememo-

ración histórica hay una fuente generosa, creadora de esperanzas y de energías para realizarlas. ¡Que la Divina Providencia me las suscite para el mejor servicio de la patria al frente de su gloriosa Universidad!

**EN EL ACTO DE LA COLACIÓN DE GRADOS
DE LA FACULTAD DE CIENCIAS EXACTAS,
FÍSICAS Y NATURALES**

(Junio 16 de 1935)

Me ha sido grato aceptar la invitación de la Facultad de ciencias exactas, físicas y naturales para asistir a esta ceremonia y hacer uso de la palabra en ella, porque se trata de una colación de grados, cuya realización coincide con el 69° aniversario de la fundación de este instituto de enseñanza científica superior. Si mi deber de rector me señala un puesto indeclinable en actos de esta índole, confieso que mis inclinaciones espirituales hacen fácil y agradable su cumplimiento, porque dentro de la vida universitaria tan amplia y rica en su significado y en sus manifestaciones, acaso ninguna exteriorización de ella suscite mayores emociones y ponga en más

clara evidencia la función social de la Universidad que ésta de la colación de grados durante la cual los hogares estudiantiles se adueñan de la facultad, la alegran y la embellecen con la asistencia de sus familias y de sus amigos y celebran, junto con sus profesores, la esperanza hecha realidad, en la entrega del diploma universitario, en el ambiente evocador de las aulas y en generosa comunión de votos y de augurios, de efusiones cariñosas y de patrióticas inspiraciones!

La ceremonia, democratizada en sus formas externas, conserva su íntimo significado espiritual: es la fiesta de la universidad y del hogar: la primera celebra el éxito de su enseñanza y se enorgullece con los frutos de la misma que incorpora a las actividades normales de la vida social para fortificar sus filas dirigentes; el segundo recoge con júbilo el fruto de largos y acaso penosos desvelos y ve en el estudiante diplomado el soldado de honor que ha de acrecentar con su labor los prestigios y la fortuna, o ha de alcanzar para su nombre los esplendores de la fama, o dentro de la democracia en que vivimos ha de proyectar la luz de las nobles esperanzas sobre la cabeza encanecida de algún modesto trabajador,

o ha de hacer temblar de emoción el corazón de alguna humilde madre!

Hay en el acto una compenetración de fuerzas y de ideales, una renovación de confianza en el futuro, una sanción estimuladora a la tarea cumplida, — que no pueden sino ser útiles y fecundas a la Universidad y en tal concepto un aporte valioso de auspicio social a la obra que cumple mejorándose todos los días en un incesante anhelo de superación en los medios y en los procedimientos para lograr los grandes fines de la alta enseñanza científica y profesional.

Lo es más cuando, como en el caso presente, la realización de la ceremonia coincide con un nuevo aniversario de la organización de la facultad. Esta conmemora hoy sus 69° años de existencia. Decirlo importa proclamar que ha vivido, que tiene un pasado, que cuenta con una historia en cuyas páginas puede conocerse la obra cumplida y el proceso progresivo de sus transformaciones y leerse los nombres esclarecidos de sus profesores y alumnos, solidarizados al través de los años en los anhelos y los afanes, en las esperanzas y en los esfuerzos, en el cariño a la casa y en la pasión fervorosa del estudio que eleva los espíritus sobre los transitorios y delez-

nables intereses materiales para acercarlos a la zona superior en que alumbran permanentemente los altos ideales de la ciencia!

La facultad puede abrir y entregar a la lectura de la crítica, las páginas de su historia; son bellas y aleccionadoras; encierran una gran enseñanza: demuestran cómo la República, por la consagración intelectual de sus hijos, en un continuado esfuerzo de pensamiento y de estudio y dentro de la solidaridad internacional de la ciencia puede alcanzar a bastarse a sí misma, satisfaciendo el anhelo de una alta cultura espiritual y la exigencia patriótica de formar una clase dirigente ilustrada para que marchen juntas, por el mismo cauce, las dos corrientes creadoras de su grandeza: la que lleva en su seno las riquezas arrancadas a la tierra por el trabajo material que las explota e industrializa y la que, procedente de sus aulas universitarias, pone en los horizontes de su porvenir y en la visión espiritual de su pueblo la luz que no se apaga de las grandes conquistas de la civilización.

Hay en este criterio una afirmación de argentinidad y de nacionalismo que puede proclamarse con patriótico orgullo sin asomo de intención molesta para nadie. En los días iniciales

de la ardua y difícil enseñanza de las ciencias matemáticas y fisiconaturales la República ha necesitado el concurso de las luces de eminentes profesores extranjeros. Lo ha solicitado con decoro y le ha sido prestado con dignidad y eficacia; merced a él nutridas generaciones de jóvenes argentinos han egresado de las aulas de esta facultad habilitados para triunfar en el ejercicio profesional, para brillar en la enseñanza, para destacarse en las funciones dirigentes del gobierno o para resplandecer con luz propia en las elevadas esferas del pensamiento y de la ciencia, a la manera de Angel Gallardo, muerto ayer, cuyo nombre menciono como excepción entre tantos otros que podría citar, como un homenaje a su memoria en la casa de estudios en que formó su inteligencia y templó su carácter para los grandes éxitos de la vida!

Ha suscitado el interés por el estudio de las ciencias fisicomatemáticas y naturales y propende al desarrollo del espíritu científico no sólo como base y condición para el ejercicio de determinadas profesiones sino como factor esencial de una superior cultura científica.

Al hacerlo así, venciendo a veces resistencias de ambiente, ha procedido con el exacto criterio

de que no es justo apreciar la importancia de una cátedra, de elevada jerarquía científica, o la de los laboratorios de investigación o de experimentación que la completan por el número de los alumnos que concurren a una y otros, sino por la trascendencia de los descubrimientos o de los progresos que merced a su enseñanza se han realizado o pueden efectuarse, armonizando en un superior esfuerzo, la enunciación teórica de las verdades conocidas y la comprobación material de su exactitud en el gabinete de experimentación, o aprovechando resultados aparentemente teóricos en aplicaciones prácticas, tan inesperadas como fecundas, dentro de la evolución eternamente creadora que la ciencia realiza al penetrar con su amplia antorcha luminosa en la zona misteriosa de lo desconocido o al sorprender con ella, en un oscuro rincón, un gran secreto de la naturaleza.

Se ha dicho con razón, glosando palabras de Berthelot, que la ciencia es la más grande fuerza moral sobre la cual se apoya la dignidad de la personalidad humana, que ella nos enseña a levantar los corazones arriba de las estrechas consideraciones de la vida diaria y que es la más

noble y la más generosa inspiradora de nuestros pensamientos.

Al difundirla y enseñarla con ese criterio y con un éxito que se comprueba en todo momento, esta facultad ha cumplido y llena su función docente y rinde a la vez un servicio eminente a la República. La ciencia enseña a poner el culto a la verdad sobre las pasiones y los intereses de los partidos, vincula a los hombres en el esfuerzo magnífico por alcanzar las altas cumbres desde las cuales se domina el vasto y hermoso horizonte de una humanidad que persigue el objetivo de su progreso científico por la investigación, por los descubrimientos, por las creaciones de la inteligencia; hace más claros y rectos los caminos de la vida, más serenas las pasiones de los hombres, más solidarios sus destinos en la esfera superior de los principios y de los ideales, — acostumbra a la fatiga de pensar por sí mismo, a tener confianza en los destinos de la humanidad, y a marchar sobre las tumbas, hacia el futuro, según la expresión de Goethe, después de haber rendido homenaje a los que han honrado a la Patria con la consagración fervorosa de sus espíritus!

En este aspecto de su función que contempla

las más elevadas especulaciones de la ciencia y de los conocimientos humanos en general, no sólo esta facultad sino las demás que integran la Universidad de Buenos Aires, buscan y estimulan la cooperación ilustrada de eminentes profesores y conferencistas extranjeros, con el justo concepto de que la ciencia, cualquiera sea su especialidad y dondequiera que florezca magníficamente, no reconoce fronteras territoriales ni límites que la restrinjan y encierren con egoísmo como patrimonio exclusivo de un solo pueblo. La obra de esos colaboradores, permanentes o transitorios, es respetable y meritoria, y sus nombres han de perdurar con honor y simpatía al lado del de los sabios prestigiosos que desde los días iniciales de la organización de esta facultad y hasta no hace largo tiempo, ilustraron sus cátedras, enaltecieron su enseñanza, abrieron los primeros surcos de los estudios científicos superiores y arrojaron en ellos las frescas semillas que en el transcurso de los años habrían de rendir la óptima cosecha de las realidades presentes!

Asociemos a esta celebración el recuerdo de esos meritorios colaboradores de ayer y de hoy en la tarea docente y cultural de los universita-

rios argentinos y hagamos votos por que dentro de la universalidad de la ciencia, nuestra patria destaque en alto y en la luz su propia personalidad, fuerte por las virtudes cívicas y los valores morales que la sustenten, por el caluroso idealismo de sus hijos, por el ferviente homenaje de veneración rendido a sus símbolos, a sus héroes y a sus sacrificios en el pasado, y por la fecunda consagración en el futuro de sus votos y sus afanes al engrandecimiento espiritual de su vida!

Jóvenes diplomados:

La Universidad ha cumplido para con vosotros su función docente. Os ha enseñado por el órgano de profesores autorizados y competentes y conforme a sus programas. Pero no ha terminado con ello su misión; os debe seguir y os acompañará con celoso interés en el curso de vuestras futuras actividades, deseándoos éxito en vuestros trabajos, dignidad prestigiosa en vuestra carrera, la justa compensación material al sacrificio de vuestros padres y a vuestros propios afanes. Por eso no os dice adiós. Confía en que sabréis hacer honor a su nombre, a su tradición y a sus esperanzas; y os aguarda con cariño para incorporaros en su hora a la dirección de sus destinos y a los honores de sus cátedras, como

nuevos y frescos eslabones de una cadena de esforzados soldados. Os dice, sí, hasta luego, segura de que seréis muchos los que, aleccionados por la experiencia, fortificados en la lucha y enaltecidos por una mayor cultura, habréis de venir a trabajar por el esplendor de sus días futuros dentro de una Nación Argentina engrandecida en su vida espiritual!

Os va a corresponder en turno actuar en días de incertidumbre y de peligrosos confusionismos; defendeos de las propagandas extremistas que os pueden conducir fatalmente al abismo o al estéril sacrificio; seguid serenamente vuestro camino, sin impaciencias ni precipitaciones tras el ideal que como estrella orientadora os hayáis forjado; cultivadlo con amor, servidlo con integridad moral, seguros de que al final de la larga jornada lo veréis realizado, y de que, si no sentís entonces los ecos de la diana triunfal, tocada por manos extrañas, habréis de experimentar cuando menos la sanción reconfortante de vuestra propia conciencia, satisfecha del deber patrióticamente cumplido!

**EN EL ACTO DE HOMENAJE A LA MEMORIA
DE ALBERDI**

(Julio 16 de 1934)

La Universidad de Buenos Aires rinde hoy homenaje a la memoria de Alberdi, con motivo del 50° aniversario de su fallecimiento, cumplido hace pocos días. Se lo tributa en este mes de julio, de evocaciones gratas a su patriotismo. El día 9 las Provincias unidas del Río de la Plata proclamaron solemnemente su independencia, en Tucumán, donde Alberdi abriera los ojos a la vida, — a una vida que habría de ser de lucha, de decepciones penosas, de rudas adversidades, de grandes servicios a su país, y en su conjunto, sintéticamente, de luminosa y perdurable gloria para su nombre. Cuarenta y tres años más tarde en esa misma fecha Alberdi firma en Madrid como representante diplomático de la Confede-

ración el Tratado de reconocimiento, de paz y amistad con España, que consigna entre sus cláusulas el reconocimiento por la madre patria de la independencia de su antigua colonia.

El homenaje exterioriza una vez más la voluntad de la Universidad de Buenos Aires de no ser exclusivamente una casa de estudios superiores, con la función docente de formar profesionales y ciudadanos para el gobierno, sino también y simultáneamente un centro de cultura democrática y de afirmación patriótica y nacionalista. Los honores que discierne no son sólo para los profesores que en sus aulas enseñan o para los hombres de ciencia que en ellas se forman. Comprenden, además, y acaso en primer término, a los grandes servidores de la nación, a los héroes militares y a los próceres civiles que hicieron la revolución, conquistaron la independencia, aseguraron su unidad y la organizaron institucionalmente conforme al voto profético de sus fundadores.

Ella es órgano autorizado y eminente de la vida nacional, calificado como el mejor para llenar austeramente la misión de hacer justicia histórica. No la perturba la política; a sus ambientes de estudio y de investigación científica

llegan tan atenuadas las voces de las discordias civiles o de las pasiones partidarias que resueñan tumultuosamente en los comités, en las calles o en la prensa, que no alcanzan a perturbar la serenidad de sus juicios, ni la rectitud de sus fallos, ni la majestad de sus pronunciamientos.

Por eso ha podido con severa imparcialidad rendir homenaje, sucesivamente y a su turno en los últimos y próximos años y con motivos diversos a Mitre, a Sarmiento y a Urquiza, quienes junto con Alberdi, al cual hoy se lo tributa, son los cuatro eminentes próceres constructores de la unidad política de la República y de su organización constitucional, y cuyas altas figuras, aun contempladas en la hora tormentosa en que actuaron y desde la serenidad de los días presentes — suscitan la impresión de que lo hicieron encaramados ya en los pedestales de las futuras estatuas, presentidas con la segura intuición del porvenir como una anticipación a las sanciones consagratorias de la posteridad!

Ellos habrán de combatirse reciamente en la propaganda, en los campos de batalla, en los comités, en la acción pública de gobierno; la lucha llegará a veces, como en el caso de Sarmiento con Alberdi, a los extremos de la pasión,

con olvido de la amistad y agravio del honor personal y de la vida privada; al frente de ejércitos adversarios ensangrentarán tierra argentina Urquiza y Mitre, en Cepeda y Pavón; el entusiasmo de los partidarios encenderá y mantendrá prendida la hoguera de los odios políticos y de los rencores personales e intentará cavar cada vez más hondo el abismo que los separa para evitar que se vean y viéndose se reconozcan y reconociéndose, concilien, fraternicen y se abracen, como habrá de ocurrir inevitablemente más tarde, en nombre de la causa común que los anima y en homenaje a la patria cuya grandeza separadamente persiguen y solidariamente realizan!

En torno de cada uno y en escenarios distintos se congregaron otros ciudadanos eminentes que compartieron con ellos el honor excepcional de la gran obra, pero que no alcanzaron por el pensamiento o en la acción, las altas cumbres en que la posteridad contempla, como en su propio hogar, legítima y rudamente conquistado, a los cuatro próceres, — o no reunieron bajo su dirección, como jefes, los contingentes de opinión que siguieron a Mitre y Urquiza, o no tuvieron la fuerza constructiva y de irradiación,

en ideas y en propaganda, de Alberdi y Sarmiento.

Pero el esfuerzo es de todos, aún en lo más rudo de la lucha y aunque divergentes en los medios y los procedimientos, tiende a la misma finalidad: constituir la nación, sobre la doble base de su integridad territorial y de su unidad política, y si bien contradictorio en las personalidades en que encarna su realización se inspira en el mismo voto profético que viene desde el fondo de la Revolución de Mayo, consagrado y como santificado por el sacrificio de sus ejércitos emancipadores y se impone en definitiva, triunfalmente, en una constitución que acepta el pueblo todo de la República como expresión de su voluntad soberana y como designio superior de la providencia que vela por el esplendor de sus destinos!

¡Ah!, señores, es que la Nación con su independencia conquistada por la espada de sus guerreros, — con su unidad salvada por el patriotismo ilustrado de sus estadistas, con su libertad política triunfante de la anarquía y del despotismo, con su himno, su bandera, su escudo y sus instituciones democráticas, — es que todo eso no se creó de improviso, ni es la obra de un día,

ni fruto de circunstancias casuales! Como los alumbramientos humanos que se producen entre los fuertes y fecundos dolores de la maternidad, estos grandes acontecimientos de la historia suponen un proceso que los precede, la tormenta de las pasiones tumultuosas que acompaña su desarrollo y al final la clara y luminosa aurora que canta triunfalmente la gloria de la eterna creación!

Y en medio de ese complicado y largo proceso evolutivo, cuántos sacrificios personales, cuántas actitudes combativas que se rectifican y complementan, cuántas inmolaciones del amor propio o de la convicción personal, en aras del interés público y por inspiración del patriotismo!

Más grande que en el campo de Caseros, derrotando con su ejército a Rosas, se me ocurre Urquiza cuando a la comisión de respetables vecinos de Buenos Aires que se anticipa a saludarlo a su entrada a la ciudad, ofreciéndole capitular le responde con la invocación de su divisa: «No hay vencidos ni vencedores», cuando convoca en San Nicolás a los gobernadores de provincia y les afirma, bajo juramento, su voluntad de trabajar por que el pueblo argentino se presente pronto al mundo constituido, organiza-

do y feliz, — o instala la Convención constituyente de 1853 y la deja en plena libertad de pensamiento y deliberación, con este solo consejo: «Aprovechad, augustos representantes, de las lecciones de nuestra historia y dictad una constitución que haga imposibles para en adelante la anarquía y el despotismo. Ambos monstruos nos han devorado: uno nos ha llenado de sangre y el otro de sangre y de vergüenza. La luz del cielo y el amor a la patria os ilumine». — O cuando, finalmente, tras la batalla de Cepeda detiene su ejército triunfante a las puertas indefensas de Buenos Aires, renuncia a la fácil victoria de someterla materialmente a su autoridad, propicia y consagra el Pacto de unión de 11 de noviembre, que significa la paz de la República, la reintegración a su seno, con pleno decoro de la provincia de Buenos Aires, y la consagración de la unidad nacional tan fervorosamente anhelada!

Más grande que en Pavón al atardecer el día 17 de septiembre de 1859, mientras jinete en su corcel de guerra asiste al triunfo de sus armas y a la retirada de las fuerzas de Urquiza, que deja de hecho en sus manos la tarea de consumir irrevocablemente la organización nacional, más

grande que entonces, se me ocurre la figura de Mitre en la mañana del 25 de mayo de 1860, cuando de pie, en la antigua plaza de la Victoria, frente a la histórica pirámide evocadora, invita al pueblo a jurar la Constitución que organiza la nación institucionalmente y consolida para siempre la unión de todas las provincias, pronunciando estas nobles y altas palabras: «Esta Constitución satisface vuestras legítimas esperanzas hacia la libertad y hacia el bien; ella es expresión de vuestra soberana voluntad porque es obra de vuestros representantes elegidos; es el resultado de las fatigas de nuestros guerreros y de las meditaciones de nuestros altos pensadores, verbo encarnado en nosotros; es la palabra viva de nuestros profetas y de nuestros mártires políticos. Si en este momento esos mártires y esos profetas pudieran hablaros como yo, con labios de carne y de sangre, ellos os dirían, inflamados de santo patriotismo: jurad, jurad, con religioso respeto, con corazones llenos de fe y exentos de rencores, que ese juramento es grato al cielo y benéfico a la tierra, porque él asegura la libertad pacífica para los pueblos argentinos y la fraternidad perpetua para vosotros y para vuestros hijos!»

En el largo proceso de la enconada campaña de Sarmiento contra Urquiza, desde la hora en que, desempeñando el cargo de boletínero del Ejército grande sufre las primeras decepciones y siente encenderse la cólera contra el glorioso vencedor de Caseros, hasta que asume la primera magistratura de la República, hay pocos momentos tan culminantes y de más severa belleza moral en aquel temperamento combativo y ególatra que el correspondiente a la visita que en su carácter de presidente de la Nación, olvidados o pospuestos los viejos odios ante los deberes inmanentes del patriotismo, realiza a Urquiza en su palacio de San José, donde se abrazan y Sarmiento brinda «por que esa fecha — 3 de febrero de 1870 — sea un talismán para acercar a los hombres que las agitaciones políticas pudieron separar», y termina exclamando: «recién me siento presidente» al saber que el libertador de la República está pronto a sostener la autoridad de su gobierno con sus quince mil lanzas entrerrianas.

Los formidables polemistas de las *Cartas quilotanas* y de *Las ciento y una* al quemar en público, como en una gran hoguera y ante el asombro doloroso de sus contemporáneos, hasta

los recuerdos de una íntima amistad de largos años y la solidaridad espiritual con que desde el extranjero luchaban contra la tiranía, no presintieron seguramente que el tiempo había de ofrecerles la oportunidad de la reconciliación, en circunstancias excepcionales, y con ella la de presentar al país, agitado por la pasión política, una alta lección de ecuanimidad y de tolerancia. La incidencia ha sido relatada con exactitud y colorido por un joven y prestigioso escritor argentino. Alberdi regresa a Buenos Aires, después de 41 años de alejamiento de su patria, trabajado su espíritu por la emoción y entre las inquietudes y la desconfianza del recibimiento. Sarmiento, ministro del Interior lo hace saludar oficialmente en el puerto. Alberdi se considera obligado a retribuir la atención y concurre al despacho del ministro. La puerta se abre, se anuncia el nombre del visitante y Sarmiento se precipita a recibirlo; míranse ambos un instante y Sarmiento exclama: «¡Doctor Alberdi, en mis brazos!» «Aquellos dos hombres — escribe Bucich Escobar — separados por 25 años de lucha encarnizada y constante, de ardientes polémicas y encolerizados insultos, de amenazas y desprecios, hallábanse allí confundidos en estrecho

abrazo, como si al volverse a ver después de tanto tiempo comprendieran que por sobre las pasiones de los hombres, por más enconadas que fueran, había una fuerza desconocida que los volvía a reunir al final de la jornada.» La emocionante escena se cierra con estas conceptuosas palabras de Sarmiento: «Tenemos, usted, Alberdi y yo, una magistratura que desempeñar, consagrada por nuestras canas y es el respeto que debemos a nuestros servicios.»

Ha sido escenario de la entrevista la Casa de gobierno en uno de cuyos salones tres años antes el presidente Avellaneda, frente a los 30.000 ciudadanos congregados en la plaza para consagrar la política de la conciliación que dió paz a la República y puso la concordia entre sus hijos, pronunció estas históricas palabras, siempre recordadas: «Tenemos por común la tierra que nos sustenta, que nos recibió en la vida y que nos guarda en la muerte, el cielo hermoso que nos cubre y llevamos el amor de la misma patria en el alma. Tras de las discordias, tras de las guerras, con su humo y con su sangre, tras de las divisiones más profundas llegará siempre un día en que nos volveremos a encontrar argentinos y hermanos, en nombre de la tierra, de la

cuna, del sepulcro y del patriotismo fulgente como nuestro cielo.» Se oyen entonces voces que se levantan desde la multitud con el pedido de reintegración al ejército de varios militares declarados rebeldes por su participación en el último movimiento revolucionario, y el presidente exclama: «Los actos del gobierno no se elaboran aquí: se elaboran allí» — señalando los salones del despacho. — «El pueblo no delibera ni gobierna por sí mismo, ni el gobierno delibera en presencia de las reuniones del pueblo». Y así salva, en aquel difícil instante, con la dignidad de la investidura que reviste, los prestigios de la autoridad que ejerce, y las normas regulares del gobierno.

En ese mismo local Avellaneda ha de recibir en 1880 a la Comisión popular que va a pedir la paz, amenazada de nuevo por la discordia enconada de los partidos políticos, y a ella ha de decirle: «Salgo a vuestro encuentro y os saludo con vuestra divisa: Viva la paz» — en presencia de Mitre, de Alberdi y de Sarmiento que lo acompañan, — imprimiendo al acto la solemne majestad de las ceremonias patrióticas, confundidos en la luz de la misma inspiración superior y juntas las manos para levantar la misma bandera, mientras Urquiza, el otro de los cuatro grandes

caído el primero a la tumba, y desde la altura de su gloria agrega su propio voto a la plegaria cívica que sube de todos los corazones y asoma a todos los labios pidiendo la concordia entre los argentinos para dignificación de su vida y realización esplendorosa de su porvenir!

Son los altos y severos ejemplos de la historia, comprobatorios de que en la vida de los pueblos el olvido de los agravios es más fecundo que la pasión rencorosa y de que hay más belleza moral y más fuerza constructiva a la vez, en los sacrificios y las inmolaciones que en la imposición y los triunfos de la fuerza!

En esa atmósfera de grandeza moral la nación se organiza, fortifica su unidad y sanciona sus instituciones fundamentales, juradas en las plazas, en las escuelas, en los templos, en los cuarteles, — por los pueblos, por la iglesia, por el ejército, por los niños — y, como en el caso de la Constitución del 53, en Catamarca, por la multitud, de rodillas, emocionada y deslumbrada por la soberana elocuencia del padre Esquiú.

Es eso, es todo eso, superior a las pasiones y a los intereses, lo que la Universidad honra preferentemente, en estas ceremonias conmemorativas de los grandes próceres de la nación, como

programa esencial de su función patriótica, celebrando antes que el laurel ganado en la contienda guerrera, la guirnalda de flores recogida en el jardín siempre fresco de los triunfos espirituales; es eso lo que evoca hoy al recordar a Alberdi, cuya vida fué un calvario: sufrió las amarguras de la proscripción, el desencanto de las más nobles ambiciones, las ingratitudes de la amistad, la diatriba y la injuria, el desconocimiento de sus méritos, el olvido y el silencio en torno de su nombre para comenzar a vivir en la gloria cuando la tierra se ha abierto para recibir sus restos materiales.

Alberdi no gobernó al país desde las posiciones públicas y con el ejercicio de la autoridad que éstas confieren: no las desempeñó sino por excepción, transitoriamente y en modesta esfera; pero lo dirigió, imprimiendo rumbos a su existencia con la fuerza de sus ideas, por el imperio y la difusión de su pensamiento, por la gravitación de su espíritu filosófico y de sus sentimientos democráticos, por la obra cultural y de propaganda que realizó como publicista. En ese sentido fué y sigue siendo un muerto que manda, un gobernante permanente e infatigable de todos los días y en múltiples aspectos de la vida na-

cional; es el poder de las ideas que prolongan su acción más allá de las tumbas y que en el caso de Alberdi podría decirse que se afirman y se intensifican desde que la tumba se abre y ante ella se inicia la obra de la justicia y de la reparación histórica.

La biografía de Alberdi no está constituida por actos sino por escritos, no está formada por hechos sino por ideas y no puede ser la larga mención de posiciones ocupadas sino la expresión y el comentario de su pensamiento aplicado a la organización del gobierno y de la sociedad civil de la nación. Alberdi no asiste a ninguna batalla, no actúa en los comités, no es candidato a las altas posiciones del gobierno; — medita y escribe. Desde el extranjero sirve a su país con el extraordinario poder de su inteligencia y de su cultura. Es un pensador y un filósofo. El ilustrado profesor doctor Alberini os lo presentará luego, sustancialmente, en ese aspecto de su vida y de su labor. El autor inmortal de *Las Bases* y de tantos otros escritos fundamentales tendrá así completado el estudio de su excepcional personalidad, ante la cual se han inclinado con reverencia hasta sus más rudos adversarios, con manifestaciones reveladoras de una superior ins-

piración espiritual y en cuyo homenaje la Universidad de Buenos Aires, que lo contó entre sus alumnos, ha organizado esta ceremonia.

Mientras tanto, evocando como un patrimonio colectivo del pueblo argentino esa grandeza moral que es honor de nuestra tradición nacional y en la que Alberdi ha sido artífice y actor a la vez, invoquemos su nombre y sus altas inspiraciones para auspiciar el voto de que igual que ayer, en el futuro y en circunstancias similares, cuantas veces sea necesario — y ojalá no lo sea nunca! — y por el esfuerzo solidario de todos, gobiernos y partidos, autoridades y ciudadanos, baje el telón que separa el pasado del presente, y olvidados los agravios, en silencio las pasiones y juntos los corazones, sólo se vea en lontananza la suave, pero segura luz de las esperanzas, encendida por la cordialidad y por el patriotismo!

**EN EL ACTO DE LA ENTREGA DE DIPLOMAS
DEL COLEGIO DE BUENOS AIRES**

(Agosto 12 de 1934)

Una feliz iniciativa, sancionada por la práctica de varios años, ha consagrado el 12 de agosto como fecha oficial de esta ceremonia, y la presencia del rector de la Universidad para presidirla y auspiciarla con su palabra. En ella se realiza la colación de grados de los alumnos del Colegio de Buenos Aires y la distribución de los premios adjudicados a los mismos, y con ella se celebra a la vez la instalación de la Universidad, en el solar de la vieja ciudad colonial que el ex rector Gallardo calificó acertadamente de histórico, por los acontecimientos de que fué propicio escenario y por los recuerdos que intuitivamente evoca en los espíritus concentrándolos en la contemplación retrospectiva de un pasado pletórico de esperanzas y de esplendores.

Respetuoso de esa tradición, creyéndola útil, y digna de segura consagración y en cumplimiento del deber inherente al alto cargo que desempeño, traigo como rector de la Universidad, mi adhesión y mi estímulo, la palabra propiciatoria de la ceremonia y la reflexión destinada a caracterizarla en alguno de los múltiples aspectos que ofrece. Ella es fiesta que alegra muchos hogares, enciende la emoción del triunfo en el corazón de muchos jóvenes y acrecienta las fuerzas de la voluntad para proseguir la jornada desde la cumbre recién alcanzada iniciando el ascenso a la más alta que al lado se levanta, mientras en lontananza se yergue otra de mayor altura, como símbolo material demostrativo de que la vida es y debe ser un renovado esfuerzo tras una incesante ascensión, si ha de rendir la plenitud de sus frutos en una amplia y generosa expansión de sus luces y de sus energías.

Pero por lo mismo que conmemora jubilosamente un triunfo, es decir un honor y una responsabilidad, suscita correlativamente la noción de los deberes para consigo mismo y con la sociedad en que se actúa. Y desde ese instante la ceremonia, sin dejar de ser una fiesta, la fiesta de los corazones y de los sentimientos, provoca

la reflexión serena y crea al lado de aquélla, completándola y como coronándola con su esplendor, la fiesta de la inteligencia y del pensamiento.

La ceremonia tiene su asiento en la tradición, pero mira hacia el porvenir; a la vez que honrar recuerdos se propone promover vocaciones, y junto con la emoción en los corazones intenta suscitar ideales y energías en la voluntad. Y en ese aspecto de su significado le dice austeramente a la juventud que la vida no es un jolgorio perpetuo, que es una lucha en la que se alternan los éxitos y las adversidades, los honores y las decepciones, que es, en suma, una alta responsabilidad que requiere para ser dignamente asumida, carácter, integridad moral, cultura, un ideal que la oriente en su inspiración, la estimule en sus actividades y la consagre en su finalidad.

Juventud sin ideal, es como soldado sin bandera, como nave sin timón en el mar tempestuoso, como explorador sin brújula, rodeado de acechanzas, perdido en el bosque opulento, preñado de peligros y de amenazas — es energía espiritual sin rumbo ni derrotero, más expuesta a extinguirse sin gloria en el anónimo de los sacrificios estériles, que propensa a imponerse

honrosamente en la lucha de las pasiones y de los intereses.

Pero el ideal no es la vocación profesional ni el objetivo material inmediato de la vida individual. Tener un ideal no es sentir el anhelo de un diploma de médico, de abogado, de ingeniero o de cualquiera de las diversas carreras científicas — o experimentar en el fondo del espíritu la vocación sagrada por el ejército, por el sacerdocio o por las artes, para llenar en cada caso la finalidad individual de la existencia, conforme a las propias preferencias o inclinaciones espirituales. Todo eso es respetable, pero no excede los límites concretos de la propia vida. El ideal es algo superior y más grande; trasciende del individuo a la sociedad — antes que a uno, aisladamente en su egoísmo — se refiere a la colectividad en su conjunto, y más sintéticamente a la Patria y sus destinos.

Es inspiración y propósito a la vez de una actividad que contempla el conjunto; es iniciativa, pensamiento y acción — la fuerza que impulsa y crea el anhelo cuya realización se persigue — llama encendida en los corazones y cumbre moral diseñada a lo lejos, en la visión

perpetuamente iluminada por el esplendor de su grandeza.

En la lucha por su realización es necesario no olvidar que uno de los primeros deberes impuestos por la vida social es el de la obediencia, no en nombre de la fuerza para caer en la esclavitud, sino en nombre de la ley para servir la libertad. La obediencia no sólo no es incompatible con la libertad, sino que es también frecuentemente garantía de su seguridad. Es una obligación que se ensancha en sus alcances a medida que con los años aumenta la esfera de las actividades y de las responsabilidades individuales. Para poder mandar desde las posiciones del Gobierno fijando rumbos e imponiendo la disciplina, es condición haber sabido obedecer en el hogar, en la escuela, en el taller, en el comité político, en el centro social — dondequiera que la propia vida se pone en contacto con otras e invoca sus intereses y sus derechos frente a múltiples situaciones idénticas creando conflictos y luchas en los que habrá de salir vencedor quien a la mayor razón sepa añadir la mejor defensa.

Pero en la lucha, por vehemente o apasionada que sea, es además necesario recordar que, si, como se ha dicho, la justicia es el derecho de los

otros, hay que dársela con generosidad — hay que darla sobre todo a los adversarios, desde el Gobierno, de dondequiera éste se ejerza — reservando la cruz de honor como insignia y premio para los partidarios y los amigos — hay que darla porque el gran enemigo del derecho es la fuerza arbitraria y porque donde ella impera sin limitación oprimiendo las conciencias, impidiendo la libre expansión del pensamiento y de las actividades individuales, y suprimiendo la igualdad para crear en su lugar privilegios injustos entre los hijos de la misma patria — allí se encienden las revoluciones internas, arde en los espíritus la llama devoradora de los odios, y en las sombras oscuras del caos el país se ofrece, indefenso, como presa fácil para el afán de conquista del extranjero o como campo de experimentación para los ensayos peligrosos de la anarquía!

Defender a la República de uno y otro peligro asegurando la digna y fecunda serenidad de su vida, dentro del curso normal de su evolución progresiva sobre la base de la autoridad ejercida sin excesos y de la libertad practicada sin desfreno, al amparo de sus instituciones democráticas — he ahí lo que en la hora presente, mejor

y más imperativamente que en otras de su historia, puede constituir un ideal de la juventud, es decir, una bandera alta y prestigiosa tras la cual la legión marche altivamente a librar batalla por su patria y su fe, y en torno de la cual se sumen y concentren las actividades, se enciendan los entusiasmos fervorosos y arda la llama de las pasiones creadoras.

La República necesita ser defendida de los extremismos, en los diversos escenarios de su vida para que continúe siendo el hogar tranquilo, pletórico de estímulos y garantías, de promesas y de sanciones que la Constitución ha querido organizar, ofreciéndolo generosamente a la humanidad, a fin de que en su seno realicen los unos su sueño, conquisten los otros su felicidad, alcancen los de aquí la riqueza material y los de allá rindan culto a la belleza moral; y todos juntos trabajen solidariamente por la libertad y la justicia — por la mayor fraternidad social y el más alto esplendor de su grandeza!

En los países de organización democrática la lucha supone la competencia y en ella, la voluntad enérgica es condición del triunfo. A los rivales que intentan cerrar el camino no se los vence si no se tiene y ejercita una energía superior a

la suya. La democracia, se ha dicho, si tiene algo de indiscutiblemente bueno es que permite subir y llegar a la cumbre a todos los que la aspiran y tienen aptitudes suficientes para alcanzarla. En ella el mérito está arriba del favoritismo, y quien no tiene el apoyo que abre las puertas tiene a su alcance, para forzarlas, el trabajo, la inteligencia, la voluntad decidida.

La aspiración a ser el primero es fuerza impulsiva y creadora, y es, además, justa y noble porque es bello ser el primero con tal que se respete la justicia y se triunfe en leal competencia. La emulación es fuerza que crea, suscitando más energías en el carácter y encendiendo con mayor brillo las luces de la inteligencia. Recoger el premio ganado por la labor perseverante y la disciplina moral en los dilatados dominios de las luchas intelectuales es como recoger el laurel conquistado por el valor heroico y el sacrificio de la sangre en los campos de batalla. Ostentarlo no es acto de jactanciosa vanidad, porque es expresión de superioridad, democráticamente comprobada que a nadie agravia y que a todos enseña y porque el honor que entraña lleva aparejado consigo la carga de una responsabilidad. Hay que ser siempre dignos del primer puesto y

del premio discernido que lo consagra. Felices las sociedades que pueden ofrecer numerosa y brillante la legión de sus estudiantes premiados por su inteligencia, su disciplina y su labor estu-
diosa, porque ellos al ser promesa presente, la semilla arrojada por el sembrador en el surco recién abierto, son también la mejor garantía de sus días futuros — el anuncio promisor de la rica cosecha de mañana. No lo olvidéis, jóvenes laureados de esta hora; vuestros premios son una sanción, podréis exhibirlos como un honor y alegrar con ellos el ambiente afectuoso de vuestros hogares — pero constituyen a la vez la consigna de un deber indeclinable: el de seguir trabajando para alcanzar en el servicio de la Nación más altas y prestigiosas dignidades.

Pero para ello como para tener éxito en las diversas labores que podáis emprender es necesario tener carácter. Y a este respecto es útil entenderse.

Tener carácter no es tener mal genio, la cara adusta, el ánimo propenso a la irritación, a la injuria, o a la interjección despectiva, la pistola cargada y la espada en la mano listas para la incidencia personal — sino tener dignidad inflexible en la conducta, unidad y firmeza en las convic-

ciones, tolerancia y justicia en la acción — es saber armonizar el deber de la concordia con la imposición de la solidaridad social — es saber defenderse con eficacia frente a las tentaciones perturbadoras de la ambición o a las seducciones enervadoras del egoísmo, manteniendo en alto, puro y prestigioso, el ideal como evocación de los sacrificios consumados, como símbolo de esperanzas inextinguibles y como penacho de honor en la vida. Así se es realmente una energía moral, una fuerza útil en la sociedad.

Frente al doble peligro precedentemente señalado y ante el aflojamiento a diario comprobado de los resortes morales y políticos, jurídicos y étnicos que concurren a la formación de una patria, surge imperioso el deber de fortificar los vínculos de la solidaridad social y de suscitar en los espíritus el sentimiento de la nacionalidad argentina, firme y soberana, y el culto por su tradición, por sus símbolos evocadores, por sus héroes militares y sus próceres civiles, igualmente destacados con honor en las contiendas guerreras en pro de la independencia y la libertad y en la obra de la unificación política y de la organización institucional de la República.

Nadie como los jóvenes que estudian para for-

mar en la vanguardia de esta campaña y movilizar a su servicio con eficacia las múltiples y vigorosas fuerzas hoy adormecidas en la inacción, pero en la intimidad de cuyos espíritus está latente la vocación patriótica — como brasa encendida entre las cenizas, pronta a arder y convertirse en llama apenas sople sobre ellas el viento precursor de la tormenta!

Al hacerlo, la juventud que en las aulas de los colegios nacionales forma su carácter y recibe cultura espiritual, cumplirá en realidad, en edad temprana, deberes inherentes a la ciudadanía, y contribuirá a la realización de los fines sustanciales asignados a la enseñanza secundaria de la República, desde sus ya lejanos días iniciales — felizmente mantenidos hasta el presente, como guía directiva e inspiración orientadora de la labor docente.

En los históricos decretos con que el director de las Provincias Unidas don Juan Martín de Pueyrredón dispuso la creación del Colegio Unión del Sud, sobre las bases del antiguo establecimiento de enseñanza colonial que se llamó al Colegio Seminario de Ciencias Morales, se dice que el plan debe ser correspondiente a los altos destinos de la patria «destinado a asegurar

a las generaciones futuras con el imperio de la libertad, el de las virtudes y las luces a fin de que los jóvenes puedan servir de esplendor y apoyo a su naciente patria».

Ellas imponen un mandato, señalan un rumbo y consignan una obligación. Su significado se define mejor y se acrecienta al recordar que la instalación de la nueva casa de estudios se realiza en conmemoración del primer aniversario de la jura de la independencia por el Congreso de Tucumán, en ceremonia que preside un soldado glorioso de la Reconquista de Buenos Aires y de los ejércitos libertadores de la Nación, con la pompa civil y el esplendor marcial con que nuestros abuelos acostumbraban enaltecer estas magnas fiestas de la cultura, y en esta misma y próxima iglesia de San Ignacio destinada a ser el santuario de las grandes consagraciones y de los votos propiciatorios del patriotismo!

Hace algunos años, con motivo de celebrarse en Tucumán el cincuentenario de su Colegio nacional, en cuyas aulas estudié, después de recordar antecedentes comprobatorios de mi opinión pronuncié estas palabras, refiriéndome a la enseñanza secundaria: «Así nace: con tendencia democrática y sentimiento nacionalista, vincu-

lando pueblo, gobierno, ejército, iglesia, en una obra de patriotismo y de cultura — así debemos procurar que perdure y se imponga en la República: con el espíritu de la patria en su entraña y en sus finalidades, conmemorativa de sus glorias, evocadora de su pasado y constitutiva de un pueblo expansivo y asimilador a la vez — igualmente fuerte para no desviarse hacia el imperalismo conquistador y para no sacrificar ante la tendencia internacionalista uno sólo de sus conceptos fundamentales, de sus atributos o de sus emblemas de nación soberana, iluminada y guiada por la gloria que emerge de su tradición histórica.»

Las repito hoy con el fervor de una íntima convicción, desde este alto sitio de rector de la Universidad de Buenos Aires. Las repito en este día colocado entre fechas doblemente evocadoras: la que recuerda la hazaña heroica de la Reconquista de Buenos Aires contra el ejército extranjero invasor y la que anuncia al país por la voz profética de Rivadavia la instalación de la Universidad, como el centro futuro de su mayor cultura. Las repito ante la juventud, como fórmula de un voto y expresión de una consigna en sus labores de mañana — y para agregarles

que si al medir los peligros presentes y mirar hacia el incierto porvenir, siente una vacilación o un desfallecimiento — vuelva la vista al pasado. Este no es una tumba con ataúdes que sólo encierran cenizas materiales. Es una tumba sagrada depositaria de múltiples joyas de valor inestimable: al abrirla surgen de ella penachos de honor, espadas heroicas, quepis de militares legendarios, sombreros civiles de grandes constructores orgánicos, el escudo y el himno; textos polvorientos de añejos ensayos constitucionales, reliquias recogidas y conservadas con veneración en el curso de una larga y formidable jornada de lucha — y cubriéndolo todo la bandera de la patria con los colores de Belgrano como fuente de perpetua y fecunda inspiración entre los deslumbramientos de la gloria!

**EN EL ACTO DE HOMENAJE A LA MEMORIA
DE MME. PIERRE CURIE**

(Septiembre 18 de 1934)

La Universidad de Buenos Aires rinde hoy emocionado y solemne homenaje a Mme. Pierre Curie, evocando su obra y su vida en honor a su memoria.

Se trata de una mujer extranjera que no ha participado en forma alguna en la vida institucional y política de la República, ni ha pisado su tierra, ni conocido directamente su ambiente espiritual. No ha ceñido diadema de reina, ni aureola de santidad por sus virtudes, ni corona de heroísmo por su valor y su patriotismo como Juana de Arco. Sus restos mortales, por propia voluntad, han sido sepultados en silencio, sin pompa oficial, y descansan en un modesto cementerio de la campaña de Francia, cuyo nombre,

junto con el de Polonia, su patria de origen, ilustró gloriosamente con su genio.

Han transcurrido dos meses desde el día de su muerte, y la Universidad de Buenos Aires, cumpliendo resolución adoptada entonces, abre las puertas de este gran salón de honor destinado a sus conmemoraciones patrióticas y docentes para recibir la nutrida y selecta concurrencia que lo llena y para que desde su tribuna vibre en homenaje a su memoria la palabra elocuente de dos de sus eminentes profesores. En otras universidades y diversos centros científicos el mismo espectáculo se produce como respondiendo a una íntima e indeclinable consigna de deber.

¡Qué gran contraste entre la modestia silenciosa de la inhumación material, y el esplendor de la vida espiritual que perdura y se prolonga más allá y arriba de la tumba! ¡Qué gran enseñanza, en la hora de la muerte, la que ofrece a la sociedad esta mujer extraordinaria, que desdén los honores y las vanidades materiales para que su espíritu entre en la inmortalidad por la irradiación de sus propias fuerzas creadoras y arraigue en ella como planta predestinada a

crecer con el tiempo en el ambiente propicio de sus consagraciones!

¡Qué austera y noble comprensión de su destino el de esta inteligencia genial que desea e impone para su tumba y en torno de sus restos, el mismo silencio, sagrado e inspirador del laboratorio en que trabajó y deja que a propósito de su obra científica el juicio póstumo se formule exento del ruido perturbador de los homenajes convencionales y de los discursos laudatorios, segura sin duda de que ella ha de perdurar triunfalmente por la significación que reviste y por la magnitud y la trascendencia de sus resultados!

Al proceder así la Universidad de Buenos Aires cumple un deber inherente a su superior misión social y da a la vez una alta y austera lección, reveladora de amplitud de criterio en la concepción de sus funciones. Estas no son sólo docentes y formativas de hombres para el gobierno, la vida pública y el ejercicio profesional, con el sentimiento nacionalista y la inspiración patriótica en la base y como finalidad permanente.

Ella es, además, e imperativamente quiere serlo, un hogar intelectual, el más vasto y hospitalario de los hogares intelectuales de la Repú-

blica por su culto a la ciencia, por su tolerancia con las ideas, por su vocación estudiosa y su espíritu de investigación, por su amplitud para acoger e incorporar a su patrimonio espiritual y su generosidad para difundir las conquistas del pensamiento humano que representen un aporte de cultura y de civilización, de dondequiera que provengan y cualquiera sea la bandera que las ampare!

Y porque así quiere y debe serlo es que no encierra su acción dentro de los límites de un patriotismo displicente frente a todo lo que no lleve consigo el sello de la propia nacionalidad. La ciencia no reconoce límites territoriales; pertenece a la humanidad, y todos los que la cultivan, o la agrandan y la embellecen con inventos y nuevas aplicaciones, antes que ciudadanos de un país determinado son componentes de la gran asociación humana que puebla el universo, instintivamente solidarizada en el anhelo de extender su dominio sobre la naturaleza y de descifrar sus misterios, con la antorcha luminosamente encendida de la ciencia.

Desde los días iniciales de su enseñanza la Universidad de Buenos Aires ha visto muchas de sus cátedras desempeñadas y muchos institutos

dirigidos por prominentes profesores extranjeros.

Ellos nos han traído su ciencia y su experiencia docente; nosotros les hemos entregado, para que las cultiven, las inteligencias de nuestras jóvenes generaciones y a la vez les hemos ofrecido la posibilidad de radicarse ventajosamente en tierra argentina y de labrar sobre ella su propia felicidad, compartiendo nuestros destinos. Sus nombres están incorporados al progreso de la República; — y bustos y retratos difundidos en salas y galerías de nuestras facultades e institutos, evocan figuras prestigiosas de un pasado inmediato, ilustrado por sus lecciones. Yo las evoco a todas, confundiéndolas en un común recuerdo, para vincularlas a este acto universitario que sin perder su carácter de homenaje a una vigorosa y descollante personalidad, es también culto tributado al espíritu científico que según el rector Avellaneda da base, solidez y prosperidad a los pueblos.

Con este concepto y bajo estas inspiraciones la Universidad de Buenos Aires tributa este homenaje a Mme. Curie, al título múltiple de mujer genial, eminente por la inteligencia, la sabiduría y el corazón, ejemplar por su consagración paciente al estudio y su tenaz aplicación a las

investigaciones científicas — bienhechora de la humanidad por las útiles aplicaciones prácticas de sus descubrimientos y por las amplias vías abiertas a la medicina y a la física para ensanchar la esfera de sus dominios y la órbita de los conocimientos humanos en la áspera lucha contra la enfermedad y el dolor.

Y ahora cedo la palabra por su orden, a los señores profesores doctor Lanari e ingeniero Butty, quienes por razón de sus estudios y por las materias que enseñan en las facultades de Medicina y de Ciencias exactas, físicas y naturales, os trazarán con elocuencia el cuadro casi maravilloso de la existencia y de la obra de Mme. Pierre Curie, partida de este mundo sin fausto y sin ruido, dejando en pos de sí una inmensa gloria y la irradiación de una obra inmortal, y como mandato a la posteridad esta sublime recomendación: «Protejamos el pensamiento de los investigadores que revelan al mundo la fuente y el mejoramiento de la vida.»

EN LA INAUGURACIÓN
DEL VI CONGRESO ARGENTINO DE CIRUGÍA

(Octubre 21 de 1934)

Señores:

La circunstancia de que un abogado, con el título de Rector, pronuncie las palabras inaugurales de un Congreso de cirugía, entraña la convincente demostración de que la Universidad, cuyos destinos tiene el honor de presidir, no es una concepción teórica sino una realidad que afirma su unidad sustancial y expansiva como organismo central y directivo de las diversas facultades que la constituyen. Desde sus orígenes revistió ese carácter, tendió a someter a una autoridad superior el gobierno de las distintas escuelas con que se formaba y se propuso crear en su torno y para su prestigio un ambiente de solidaridad espiritual propicio para el éxito de su obra de cultura y de patriotismo.

La alta y serena previsión de los estadistas que erigieron y organizaron nuestra Universidad evitó que se planteara en la Nación el problema que en otras sociedades de más adelantada cultura ha provocado la lucha entre los partidarios de las facultades y los sostenedores de la Universidad, para terminar por el triunfo de esta última, con el concepto de que la Universidad es para el progreso de la ciencia y para la cultura superior del espíritu el órgano más perfecto, porque ella es, como la ciencia y el espíritu, una y múltiple a la vez.

Los ideales que en la esfera de la superior cultura pública profesan y procuran realizar las distintas facultades, separadamente, dentro del cuadro de sus respectivas enseñanzas, se cumplen mejor bajo el régimen de unidad de dirección que la Universidad consagra que en la dispersión de iniciativas y de esfuerzos de existencias vividas en el aislamiento.

La Universidad se ofrece sobre alto pedestal de respeto público, como la esplendorosa institución que reasume y unifica, solidaria y fecundamente, la vida de las diversas facultades, para difundir la cultura, formar profesionales, fortificar y expandir a la vez, el espíritu científico

y el sentimiento patriótico, como las grandes fuerzas morales impulsadoras del progreso social y las flores más hermosas de la civilización humana.

Dentro de un ambiente así formado y por la inspiración de los principios y de los objetivos que concurren a constituirlo, definiéndolo y embelleciéndolo en su contenido y en su significado, la palabra del rector de la Universidad, frente a un tema extraño a su preparación y a sus estudios, encuentra un motivo para animarse en la solidaridad espiritual que el cultivo de la ciencia suscita y en el deber que su cargo le impone de aplaudir y de estimular, en nombre de la Universidad, toda exteriorización de labor cultural y toda actividad promisoras de progreso científico.

Los congresos son hoy la forma más frecuente de esa labor. Si de su utilidad práctica puede dudarse en otros terrenos, tratándose de temas científicos hay que reconocer que rinden positivos beneficios, porque salen de las enunciaciones teóricas y de las generalizaciones abstractas, para traducir sus efectos en enseñanzas prácticas, en la publicidad de descubrimientos y

en la divulgación de métodos y procedimientos concretos.

En medio de sus dificultades económicas y de sus preocupaciones políticas, dominando y como embelleciendo sus labores materiales, la República realiza una vida espiritual, intensa y fecunda, cada día más amplia y diversificada. Hay que mirarla de cerca para medirla en su importancia y apreciarla en su significado, como demostración de que el espíritu científico y el anhelo de una mayor cultura colectiva se arraigan y se difunden halagando los votos y las esperanzas de un patriotismo ilustrado y previsor. Ampliación de cursos en las facultades, renovación y florecimiento permanentes en sus enseñanzas científicas, visitas y conferencias de eminentes profesores extranjeros, reuniones académicas, inauguración de nuevos institutos de investigación y estudio, congresos, colaciones de grados, homenajes y conmemoraciones, etc., son otras tantas manifestaciones de una vida espiritual que se expande, con honor y prestigio para la República, cuyos hijos así comprueban que no figuran en la legión numerosa de las gentes que piensan que toda ignorancia es una cosa sagrada y todo descubrimiento es un atentado,

porque les asiste al contrario la convicción de que por ese medio se contribuye a «dar más dulzura a los corazones, más esplendor a los espíritus, más dignidad a las conciencias».

El nuevo período de sesiones, que hoy se inaugura, del Congreso nacional de cirugía, constituye otra expresión elocuente de esa labor cultural y científica de que la Universidad de Buenos Aires puede enorgullecerse con razón. Lo anima un espíritu de crítica y de enseñanza a la vez, en la esfera de una de las más bellas y nobles especializaciones de la medicina. Lo preside un sentimiento de intensa y generosa colaboración que asegura la utilidad de sus trabajos porque si en la investigación de la verdad no hay nada que divida más a los hombres que la creencia de cada uno de poseerla respectivamente, como cosa propia y sagrada, no hay tampoco nada que los aproxime más que la labor en común en procura de ella para incorporar sus luces y sus beneficios a los dominios de la colectividad.

La labor del cirujano frente al dolor que agota las energías de la naturaleza y ante la muerte que extiende su garra para disputarle como presa triunfal, la vida del ser humano, tiene algo de tan dramáticamente hermoso que instintiva

y simultáneamente provoca la admiración sobre el operador y el respeto y la simpatía para la ciencia que practica.

La cirugía como arte y como ciencia supone en sí misma un dominio tan profundo y seguro de múltiples conocimientos científicos, y en el operador una serenidad espiritual tan firme, un sentido tan alto de la responsabilidad personal, una destreza tan hábil en los procedimientos y una previsión tan amplia de las contingencias posibles, simultáneas o posteriores a la operación, que cuanto se relaciona con sus progresos en sus principios generales y en sus métodos operatorios, suscita un vivo y explicable interés que excede el círculo restringido de los centros científicos para extenderse a la más vasta esfera de una justificada y anhelosa expectativa pública.

De ahí la solemnidad con que se realiza la inauguración de este Congreso con la presencia de las altas autoridades de la Nación, en este gran salón de actos públicos de la Facultad de medicina, con la concurrencia de los más prestigiosos y prominentes cirujanos de la República y de las naciones hermanas de América, solidarios en las inspiraciones y los afanes por una

más elevada cultura y en el anhelo de cumplir en la escena de sus trabajos la palabra conceptual de Pasteur según quien la verdadera democracia es la que permite a cada individuo rendir su máximum de esfuerzo.

Señores: Al declarar inauguradas las sesiones del Congreso de cirugía con votos sinceros por el éxito de sus tareas científicas y con saludos cordiales a los representantes de las naciones extranjeras y de las provincias que en su seno intervienen, yo me permito formular el anhelo de que su divisa sea, repitiendo expresiones de un académico francés: «Amar la verdad, querer conocerla, creer en ella, trabajar, si se puede por descubrirla, mirarla de frente y jurar no falsearla, atenuarla ni exagerarla jamás.»

EN LA INAUGURACIÓN
DE LAS JORNADAS AGRONÓMICAS

(Noviembre 9 de 1934)

Señores:

Debo el honor de esta tribuna a la gentil atención, que mucho agradezco, del señor ingeniero agrónomo profesor Marotta, y a su insistente empeño para que en este acto y desde ella hable el Rector de la Universidad de Buenos Aires. Las «jornadas agronómicas» que hoy se inician — las primeras en realizarse en la República — constituyen sin duda motivo de justificada satisfacción para sus organizadores y entrañan la promesa de una labor inteligente y útil en los dominios de la superior enseñanza de la agronomía y veterinaria y de sus aplicaciones prácticas en las industrias y las actividades del país. Pero a la vez — y me creo en la situa-

ción de poder decirlo — son una nueva demostración del paso lento y tardío con que esa enseñanza se ha desarrollado en la República, en la compleja diversidad de sus aspectos, de sus órganos y de sus exteriorizaciones, acentuando en esta hora el deber de cuidarla, de orientarla y de estimularla.

Quiero precisar mi pensamiento para una mejor comprensión del significado y de los alcances de estas expresiones.

En 1871, al inaugurar las sesiones del Congreso nacional, el presidente Sarmiento leía estas palabras: «En noviembre del año pasado fueron abiertas por el ministro de Instrucción pública, en representación del gobierno, la Sección máquinas agrícolas y la de cultivos comparativos. Asistieron a los ensayos de dichas máquinas, delegados de todas las provincias, siendo éste el primer espectáculo industrial al que hayan concurrido los pueblos argentinos. Trescientas cincuenta máquinas entraron en liza y no habían terminado los ensayos, cuando ya se habían vendido.»

Y el ministro Avellaneda, en su Memoria de igual año, refiriéndose al mismo hecho, que califica de espectáculo desconocido hasta entonces

entre nosotros y que vivirá por muchos años en la memoria de los que lo han presenciado, agrega esta otra interesante y complementaria referencia: «Los delegados provinciales presenciaron también en aquellos días la apertura de otra sección de la exposición: la de «Cultivos comparados».

«El señor presidente de la exposición había pedido semillas, granos y aún plantas a los Estados Unidos, a Francia y a la Australia, y cultivado esmeradamente con ellas una espaciosa quinta en los alrededores de Córdoba. Se veían allí, distribuídos en grandes tablones, con sus inmensas variedades, los cereales, legumbres y flores que pueden formar la vegetación de la zona templada en nuestro vasto territorio. El ensayo fué feliz, añade, habiéndose demostrado prácticamente que podemos apropiarnos con buen éxito nuevos y numerosos ramos de cultura para embellecer nuestros jardines, hacer útiles y más productivos nuestros puertos y dar mayor rendimiento a las cosechas de cereales que alimentan hasta hoy escasamente nuestras poblaciones.»

He ahí, señores, lejanos y meritorios esfuerzos oficiales, determinados por el anhelo de estimu-

lar y mejorar las actividades agrícolas del país entregadas hasta ese momento a la inexperta improvisación privada. ¡Cuánto poder de evocación en ese cuadro de las 350 máquinas importadas para la Exposición industrial de Córdoba y poco menos que arrebatadas por los labradores de nuestras fértiles e inmensas campiñas para mejorar sus sistemas de cultivo, disminuir sus gastos y acrecentar su producción, con una certera e instintiva visión del futuro! ¡Cuánta noble enseñanza y cuán alta experiencia, en la actitud de esos delegados de provincia que concurrían a Córdoba, de todos los extremos de la República, arrostrando los inconvenientes y los gastos de largos y fatigosos viajes, en diligencias y coches a caballo para conocer métodos nuevos de siembra, producción y recolección, nuevos ejemplares de semillas y plantas y para fortificar así, en la amplia perspectiva de la riqueza acrecentada de la República, la fe patriótica en la grandeza de sus destinos, noble y fecundamente asegurada por la labor de sus hijos!

Ocúrreseme señalar en esa Asamblea de delegados de provincia el primer antecedente de estas jornadas agronómicas que hoy se inician. No formaron parte de ella peritos ni técnicos;

no los había en el país; eran hombres de inteligencia práctica, buenos servidores de la Nación en las tareas del comercio y la industria o en el desempeño de las funciones públicas; se congregaban más que por sugestión de la curiosidad para asombrarse ante los adelantos y las maravillas de la mecánica aplicada a los trabajos de la tierra o en presencia del florecimiento de semillas y plantas nuevas o exóticas, para animar y fortificar en sus espíritus el afán de progreso público y de enriquecimiento colectivo que los confundía en una fecunda y creadora aspiración patriótica!

Y bajo la impresión de ese recuerdo ocúrreseme igualmente que el primer homenaje de esta asamblea de técnicos y universitarios, debe ser para aquellos nobles y ejemplares ciudadanos cuyos nombres Avellaneda consigna en su memoria, por provincias, como acreedores a que, salvándose del olvido o de la indiferencia, se prolonguen en el futuro a la sombra del patriotismo sereno y previsor que los animó en la hora inicial de la profunda transformación operada en la vida agrícola e industrial de la Nación!

Pero simultánea y paralelamente a este hecho, que traduce la preocupación gubernativa

por el aspecto práctico de un gran problema nacional, se produce otro que exterioriza idéntica preocupación por la faz técnica o científica del mismo. Me refiero a la creación de los Departamentos agronómicos que por iniciativa del ministro Avellaneda se establecen en algunos colegios nacionales, dentro del pensamiento previsor de organizar en cada uno, centros de estudios especiales vinculados a los intereses y a las actividades preponderantes en las respectivas provincias.

Al hacerlo, con esa intuición genial de estadista que se descubre en tantos de sus actos de gobierno, abiertos los ojos ante el cuadro esplendoroso de las riquezas argentinas y despiertos todos los resortes espirituales en la contemplación imaginativa de su futuro, el doctor Avellaneda escribe estas palabras: «Los departamentos agronómicos necesitan como base la formación de una quinta donde se practiquen para la enseñanza de los alumnos las diversas especies de cultivos y se muestre la aplicación de las máquinas e instrumentos agrícolas. La agricultura, aún en aquellas provincias donde constituye la ocupación primordial de sus habitantes no saldrá de sus formas actuales, rutinarias y

primitivas, sino cuando se hayan divulgado los conocimientos y los métodos de elaboración que hacen verdaderamente fecundo el trabajo del hombre aplicado al cultivo de la tierra.»

Proféticas palabras cuya verdad el tiempo ha de comprobar y que pueden recordarse ahora como de estricta actualidad frente al programa de trabajo que tienen por delante estas jornadas agronómicas!

Con el concepto que ellas encierran se fundan los primeros departamentos agronómicos destinados a la enseñanza agrícola y anexos a los colegios nacionales, en las provincias de Tucumán, de Salta y de Mendoza. La elección, que hoy puede sorprender, tiene su explicación en el hecho de que en aquella lejana época 1870-72, la caña de azúcar en Tucumán y los viñedos de Mendoza eran ya exponentes prósperos del trabajo nacional aplicado a las faenas agrícolas y a la industrialización de sus productos.

La elección, empero, no era ni equivocada ni prematura como lo comprueba la magnitud alcanzada por ambas industrias en el Norte y en Cuyo y la trascendencia económica extraordinaria que su desenvolvimiento ha tenido en la vida de la República.

Será un poco más tarde que el cultivo de los cereales atraerá realmente la atención y suscitará las actividades estimuladoras del gobierno.

Así, en 1879, en su mensaje presidencial al Congreso, Avellaneda señala un hecho excepcional en la historia de la República: la primera exportación de cereales argentinos. En esa ocasión dice esto: «La presencia del emigrante entre nosotros se encuentra ya determinada por un gran hecho, puesto que no puede menos que calificarse de esta manera la introducción que un país hace de un producto en el intercambio universal. Somos hoy importadores de cereales en los mercados de Europa y de América y los cargamentos que los conducen parten de las colonias formadas por el emigrante extranjero.

«Este comercio empieza y se desenvolverá en breve en grandes proporciones que ya podemos calcular por uno u otro dato numérico a falta de una estadística completa. El 12 de abril de este año se embarcaban en el Rosario para diversos puertos de Europa, seis buques que conducían cuatro mil quinientas toneladas de trigo.»

Aquellas 4500 toneladas exportadas en abril de 1879 por el Rosario y que en conjunto se elevaban en toda la República en ese año a

25.600 de trigo, a 246 de lino y a 2952 de maíz, habían de elevarse en 1929 a 6 millones 600 mil toneladas de trigo, a 2.117.000 de lino en 1932 y a 9.732.000 toneladas de maíz en 1931.

Aquella exigua exportación, correlativa con una reducida extensión superficial de tierra cultivada, habría de asumir con los años tal desarrollo que los gobiernos de países extranjeros, grandes productores de trigo, se encontrarían en situación de reclamar del gobierno argentino en solemnes conferencias internacionales, la limitación de la superficie cultivable y la fijación de una cuota máxima de exportación!

La previsión de Avellaneda está cumplida; las cifras proclaman ante el mundo la excepcional riqueza y la extraordinaria capacidad productiva del suelo argentino; pero la magnitud del desarrollo material no ha sido acompañada por un desenvolvimiento paralelo de la enseñanza científica referida a las industrias agrícola y ganadera de la República. En este aspecto del problema ha existido también el andar lento y tardío. Ya se había dicho en el Congreso, al discutirse la ley sobre contratación de profesores agrónomos en el extranjero: «Tenemos universidades, escuelas pagadas por el tesoro de la

Nación, pero hemos descuidado la enseñanza de las industrias, de las ciencias, y de las artes de aplicación que no figuran en nuestras leyes y no tenemos un solo maestro de agricultura, de esa industria que es lo único que tenemos y que está llamada a cambiar la índole de nuestros pueblos.»

En este país de los cereales y de la carne, con sus múltiples subproductos naturales o industrializados, la enseñanza de la agronomía y de la veterinaria, después de pasar por alternativas de orden diverso, sólo alcanza la dignidad prestigiosa y la mayor eficiencia científica de enseñanza universitaria al organizarse la Universidad nacional de La Plata y al incorporarse a la de Buenos Aires, con la categoría de facultad, el Instituto superior de agronomía y veterinaria creado en 1904 durante el ministerio de Agricultura del doctor Escalante y como una dependencia administrativa del mismo.

Este hecho se produjo hace 25 años, cumplidos en días cercanos. Podemos recordarlo con la voluntad de recuperar el tiempo perdido por una labor más intensa y una consagración espiritual más firme y honda como auspiciosa contribución, con estas jornadas agronómicas, a la cele-

bración consagratória de las bodas de plata de la enseñanza universitaria nacional de la agronomía y la veterinaria.

La celebración de aniversarios, y en este caso, del 25°, tratándose de iniciativas o de instituciones de carácter público, al servicio de la sociedad como agentes creadores o impulsores de su progreso, o como expresivos de una vida espiritual que se amplía en su contenido y se prolonga en su irradiación, reviste en su carácter y en sus proyecciones, un significado especial de orden superior.

Conmemorar el acontecimiento importa vigorizar la vida colectiva en cuanto pensamiento y labor constructiva, y poner en los espíritus antes que la nostalgia de los recuerdos el estímulo vigoroso de las pasiones creadoras y la luz que alumbra el camino de las conquistas y de los éxitos! Los 25 años adquieren en tal situación el valor de un símbolo; esa medida convencional del tiempo, referida a la obra ejecutada, permite trazar el programa del futuro, mirando hacia adelante, con la decisión de organizar y de construir sobre la base de la experiencia recogida y con la perspectiva de las seguras consagraciones, oyendo la voz de mando de las esperan-

zas y de las exigencias, antes que la diana que proclama el honor de los días triunfales del pasado!

Señores:

El programa de estas jornadas comprende asuntos de alto interés público, algunos de los cuales constituyen verdaderas cuestiones de gobierno, de inmediata actualidad y de apremiante solución. En tal categoría coloco la financiación de una colonización oficial basada en tierras de los bancos de Estado, el cultivo de las plantas textiles en la República, el comercio de cereales y la ley de granos, el problema tabacalero del país y la organización oficial de la producción, comercio e industria, la ley de vinos, la fruticultura argentina, las funciones y el porvenir de las cooperativas agrícolas en la Argentina, y otras que, como las precedentemente mencionadas han sido objeto de discusión pública, de iniciativas parlamentarias o de ensayos de legislación con fines de previsión social, de organización económica o de imposición fiscal dentro de un vasto pensamiento nacional que tiende a suscitar, estimular o coordinar las actividades individuales, en los campos fecundos de las la-

bores agrícolas persiguiendo unas veces su mayor rendimiento y propendiendo en otros casos a la creación de fuentes nuevas de trabajo y de producción.

Otros temas del programa sin revestir igual concepto, asumen el interés que les confiere su carácter eminentemente científico, con proyecciones de orden práctico como la fitotecnia del trigo y del lino, las enfermedades del trigo poco conocidas y radicadas en la región oeste de la zona triguera, las plantas semidomésticas de la flora argentina, los problemas del maíz, etc., todos los cuales ofrecen campo propicio para la disertación académica ilustrada y aleccionadora, con vistas a la aplicación práctica de sus principios y normas fundamentales, y concurren a caracterizar esta asamblea, representativa y prestigiosa por su composición como un cuerpo de deliberaciones fecundas y benéficas para el país.

Al declarar inauguradas estas primeras jornadas agronómicas, bajo los felices y promisorios auspicios de un programa de labor ilustrada y práctica hago votos por el éxito de sus deliberaciones y por que éstas se traduzcan no en verbalismos abstractos, y en enunciaciones teóricas

sino en iniciativas fecundas y en conclusiones concretas, susceptibles de ejecución progresiva, para servir así, con eficacia y honor, la prosperidad de la República y el desenvolvimiento de sus trabajos agrícolas y para realizar solidariamente junto con el anhelo de una mayor riqueza material como coronación de una ruda tarea, la inspiración de una superior cultura espiritual, como flor lujosa que embellece, eleva y dignifica la vida humana!

EN EL ACTO DE HOMENAJE A LA MEMORIA
DEL DOCTOR ANGEL GALLARDO

(Noviembre 20 de 1934)

Esta ceremonia de homenaje se realiza en cumplimiento de una resolución del Consejo superior de la Universidad de Buenos Aires. El ha querido con ella honrar a la vez la memoria y los servicios del ex rector, doctor Angel Gallardo, de breve aunque prestigiosa actuación al frente de sus destinos, — la labor del hombre de ciencia, investigador estudioso y expositor ilustrado que la enaltecía con su obra y con la cultura de su espíritu, y el recuerdo del ciudadano eminente de una democracia en evolución que recibió, en distintas oportunidades y formas la ofrenda magnífica y desinteresada de su idealismo, de su experiencia y de su fervor patriótico.

Así contemplado, en ese triple aspecto, este acto, que no es nuevo, de la colocación del retrato de un ex rector en el recinto de la Universidad, asume el significado superior de homenaje público cuya justificación sería fácil si la empresa de demostrarla no resultara complicada por la diversidad numerosa de los elementos de juicio que se ofrecen al comentario, procedentes de todos los rumbos de la vida intelectual de la Nación, y reveladores de la profundidad y de la amplitud con que en ella y con mano pródiga ha sembrado el doctor Gallardo semillas de espléndido florecimiento espiritual.

Este retrato será una evocación permanente y una lección trascendental de patriotismo, de fe en la ciencia y de ilustrado pensamiento, aplicados a múltiples actividades de la vida pública argentina. Recordará más que a un luchador, a un hombre prudente y discreto que hizo de la serenidad una fuerza para dominar las pasiones y las tormentas, y de la justicia un instrumento para prevenir o resolver los conflictos y extinguir en sus comienzos la hoguera amenazadora. Nos dirá a los que conocimos al doctor Gallardo que fué ingénitamente bueno y amable, cortés y sencillo, sin que su ironía fácil y espontánea

tuviese aristas ni veneno, — de andar tranquilo y de palabra correcta, de lúcida inteligencia y clara exposición, que estudiaba para enseñar y aprendía enseñando y que en su hogar fué modelo de virtudes privadas como jefe de familia y como católico practicante.

* * *

Tal era, con larga foja de servicios públicos cuando la Universidad lo buscó en el retiro de su casa, lo sustrajo a sus tareas científicas y por el voto unánime de la Asamblea lo sentó en el sillón del rectorado. La Universidad necesitaba una dirección firme y serena, imparcial y prestigiosa, recta e ilustrada. Salía de un período casi caótico; aún se sentían los estremecimientos de las convulsiones internas que periódicamente la habían sacudido perturbándola en sus funciones y desviándola de sus superiores finalidades. Era unánime el anhelo de que se reintegrase con honor a la normalidad de sus actividades y de que recuperase la posición de órgano superior de la vida espiritual de la Nación.

La elección resultaba difícil, pero fué hecha con acierto. La república debe reconocimiento a la memoria del doctor Gallardo por su acepta-

ción del cargo y por la eficacia con que lo ejerció realizando las esperanzas cifradas en su desempeño.

Al tomar posesión del rectorado, consciente de su deber y de su responsabilidad dice lo siguiente: «La tarea del momento es la pacificación de los espíritus y el afianzamiento del orden y la tranquilidad, indispensables para el estudio. Mi programa puede sintetizarse en dos palabras: disciplina y nacionalismo, bases axiomáticas de todo instituto de enseñanza.»

Dentro de ese concepto desenvuelve su acción y triunfa. No necesita en ningún instante recurrir a medidas de autoridad. Su presencia en el rectorado tranquiliza, aquieta las pasiones, infunde confianza. La Universidad puede al fin enseñar con la colaboración recíproca de profesores y estudiantes, sin que la perturbe el desorden, ni la interrumpen huelgas, ni la distraiga la lucha interna de círculos o tendencias. Cuando más, a veces se percibe algo así como la alteración momentánea que en las aguas serenas del lago produce la caída de una piedra: la formación de una onda leve destinada, en su desarrollo, a morir en la tierra firme de la orilla...

En tales condiciones pudo dedicar preferente

atención, y conforme a las predilecciones de su espíritu, a vigorizar y ampliar la obra de cultura científica de la Universidad. Traía una personalidad ya hecha, formada en el estudio y la investigación desde las aulas de la Facultad de ciencias exactas, como alumno, hasta la hora de su muerte, sin otras interrupciones que las determinadas por el deber de atender otras tareas apremiantes de carácter público.

* * *

Su vocación científica lo lleva inicialmente hacia las ciencias exactas y en especial a las matemáticas; sobre tópicos de esa índole son sus primeros trabajos. Pero luego se inclina y ya con firmeza y definitivamente hacia las ciencias naturales y dentro de éstas a la botánica y la zoología. La mayoría de sus trabajos giran alrededor de estos tres temas centrales: la herencia orgánica, la división celular y las hormigas. Se cuentan por centenares sus estudios científicos: libros, folletos, conferencias, artículos periodísticos, colaboraciones en revistas, etc. Acusan una labor extraordinaria que va destacando al primer plano la personalidad científica del autor. Es ingeniero, doctor en ciencias naturales, pro-

esor universitario y de colegios nacionales, miembro y presidente de academias y de sociedades científicas, director del museo, y en todas partes deja impresa la huella firme de su pensamiento y de su acción. Es un lector infatigable; domina varios idiomas y lee en los textos de origen la renovada producción científica del mundo. Viaja y da conferencias en la Sorbonne, sorprendiendo por la vastedad y la profundidad de sus conocimientos. Al terminar la última de sus exposiciones el profesor Le Dantec, le dice: «Luego de oír al maestro Gallardo yo le preguntaría si la Argentina tiene muchos profesores como él, porque en Francia hay muy pocos», — justo y honroso elogio que Gallardo anota en sus memorias, sin vanidad, pero con satisfacción. El ingeniero Rebuelto, en su notable conferencia sobre la obra científica de Gallardo, ha podido afirmar con verdad que ella, por la diversidad de trabajos que la constituyen, puede compararse a un bosque frondoso dentro del cual se hace difícil penetrar, abriéndose camino para destacar a los lados de éste los grandes ejemplares y las más vistosas flores sobre las cuales deberá detenerse más tarde la atención de los especialistas.

Y el profesor Mac Donagh, de la Universidad de La Plata, ha sintetizado su semblanza sobre la personalidad científica de Gallardo con estas palabras: «Hombre de ciencia, hizo su trabajo como buen criollo. Doctrinario, vivió la gran dignidad de un caballero de las letras científicas. Maestro, supo enseñarnos a dar nombres a los seres de esta tierra que tanto amara.»

* * *

Podrían aplicarse a Gallardo, hombre de estudio e investigador científico, estas palabras de un académico francés: «Cuando pienso en la atracción imperiosa, irresistible de las ciencias y de las letras y encuentro un escritor o un sabio, en una palabra, un pensador que se hace hombre político, yo admiro su abnegación. Sacrificar la paz augusta del laboratorio y la fecunda soledad del gabinete, al deber del hombre de estado en el tumulto y el ruido de la vida pública, es un heroísmo ante el cual me inclino.»

Gallardo tuvo ese heroísmo. Fué sucesivamente presidente del Consejo Nacional de Educación, ministro argentino en Italia, ministro de Relaciones Exteriores de la Nación. Sin dejar totalmente de lado su labor científica, con-

sagró con preferencia su tiempo a la atención de los deberes inherentes a tan elevadas funciones. Pudo así experimentar el contraste entre una y otra vida, aunque no llegó a ser un hombre de comité, con las pasiones que enciende la política, entre cuyos fuegos contradictorios e implacables el alma se quema todos los días y el espíritu, en vez de encenderse dilatándose en la luz de los ideales, se nubla, empequeñeciéndose, bajo la influencia de los agravios y de los instintivos rencores. En carne propia, carne sana y viril, sintió la mordedura de las intrigas, de la calumnia, del ataque ponzoñoso — y en la hora inevitable de la victoria, consagrada en el Congreso, ante el Ejecutivo, en fallos judiciales, en el juicio periodístico y en el comentario público, pudo escribir sin jactancia ni falsa modestia estas sencillas palabras, cerrando un ingrato episodio: «No quiere decir ésto que me haga grandes ilusiones respecto a la eficacia de mi acción en el Consejo, pero por lo menos compruebo diariamente cuántos males evito con una atención incansable y permanente aplicada a todos los asuntos desde los grandes a los pequeños. Las creaciones y modificaciones geniales no se realizan a voluntad, pero pueden modestamente

compensarse en parte con una honesta dedicación y un trabajo asiduo.»

En esta atracción de la vida pública sobre su espíritu, el caso de Gallardo recuerda el de Berthelot, el gran sabio francés que además de miembro del Parlamento, fué como él ministro de Relaciones Exteriores y también como él de Instrucción pública, ya que entre nosotros inviste en realidad categoría de tal el presidente del Consejo Nacional de Educación. A Gallardo le correspondió el honor de ser junto con el presidente Poincaré los dos únicos oradores oficiales en la solemne celebración del centenario del nacimiento de Berthelot, realizado en el panteón de Francia en 1927. Más preocupado que de ensalzar su obra científica, Gallardo se empeña en destacar el significado moral de la conducta de Berthelot. Señala su desinterés como rasgo característico del sabio, menciona el hecho de que nunca consintió en amparar con una patente, en beneficio personal, ninguna de las grandes invenciones con que aumentó la riqueza del mundo, recuerda la vieja leyenda medieval sobre los alquimistas poseedores de un talismán mágico cuyo poder se extinguía entre sus manos tan pronto como intentaban obtener un benefi-

cio personal y concluye con la justa observación de que lo que disminuye la nobleza de un descubrimiento no es la utilidad general que puede producir sino el espíritu de lucro personal del investigador, dentro del concepto superior de que el objeto de la vida no es la búsqueda de la felicidad sino la persecución apasionada de la verdad.

* * *

Le correspondió ser ministro de Relaciones Exteriores en horas propicias, — tranquilo el ambiente político, aunque con las agitaciones normales de una vida democrática intensa — sin conflictos internacionales y en fecunda prosperidad económica. Pudo servir y realizar durante los seis años de la presidencia Alvear, una gestión diplomática activa e intensa, de orden y de cordialidad. Durante su ministerio la personalidad internacional de la República se acrecentó destacándose con dignidad prestigiosa dentro y fuera de sus límites territoriales. No resolvió grandes problemas, espectacularmente; no los había tampoco, como herencia, ni los suscitó con su labor. Fué ésta siempre de cortesía, de gentil corrección en las formas, de altiva digni-

dad en el fondo, — de atención vigilante de los intereses del país. Son innumerables los tratados y las convenciones que suscribió sobre las más diversas materias, resolviendo múltiples problemas de orden distinto: políticos, económicos, sociales y comprobando con su ejemplo la exactitud de sus palabras a los estudiantes del Colegio nacional cuando les dijo: «Se puede realizar obra patriótica en las actividades más sencillas de la vida diaria. Basta que cada uno cumpla con su deber de la mejor manera posible en el sitio de lucha que le corresponda en suerte, por oscuro que sea, pues, como se ha dicho: «hay que «hacer las cosas pequeñas como si fueran grandes para llegar a hacer las cosas grandes como «si fueran pequeñas»».

El puesto que a él le cupo no fué oscuro, sino brillante y en primera línea, propicio para la labor fecunda y la feliz exteriorización de las propias aptitudes. Como fruto de las actividades diplomáticas desarrolladas durante el tiempo de su ministerio, la República se sintió reconfortada y ennoblecida por el respeto y la cordialidad de los países con quienes cultiva relaciones; en su casi totalidad las actuales embajadas fueron creadas en ese período; el pueblo

argentino recibió las visitas de los príncipes del Piamonte y de Gales, herederos de las coronas de Italia y de Gran Bretaña, en medio de excepcionales demostraciones públicas de entusiasmo y de confraternidad, con honda repercusión mundial en el momento y con proyecciones benéficas para los intereses del país hasta los días presentes — y en uno de los aniversarios de nuestro 9 de julio, como número central de la conmemoración, la República asistió al espectáculo extraordinario, nunca presenciado antes y de difícil repetición en el futuro, de un gran desfile de sus fuerzas militares, gallardas y marciales, entre las aclamaciones de la multitud apiñada en las calzadas y asomada a balcones, puertas y azoteas, llevando a su frente, en puestos de honor, a las escuelas militares de Uruguay, de Bolivia, del Paraguay, y entre la emoción afectuosa de todos, a los cadetes de Chile, en sus trajes de viaje — sobrevivientes providenciales de la catástrofe de Alpacatal — en alto la bandera de su patria, con la estrella solitaria en sus pliegues gloriosos!

La República recibía en forma excepcional el testimonio de la simpatía, y de la solidaridad internacional de los pueblos vecinos y recogía

el fruto de una larga y tradicional política de paz y de justicia, de cordialidad y de respeto, que tuvo permanentemente como agentes o como exponentes el arbitraje para dirimir las cuestiones de límites, la neutralidad en los conflictos de las otras naciones y una profunda fe en la grandeza de los destinos de América dentro del orden y la confraternidad!

Gallardo había definido esta política, en uno de sus discursos, bajo la inspiración de los recuerdos al recordar la conducta argentina en la hora de la independencia y de la organización de las repúblicas de América y así dijo: «Siguiendo invariablemente esta amplia política de respeto a la voluntad de los pueblos, la Argentina ha repudiado siempre el espíritu de conquista y ha profesado constantemente la más respetuosa consideración por las soberanías surgidas del dominio colonial.

«Este grandioso continente americano, trazado en escala ciclópea, con sus colosales montañas, sus ilimitadas llanuras y sus ríos gigantes, debe continuar dando al mundo el buen ejemplo de la solución de sus problemas por la justa aplicación de principios jurídicos y pacíficos.»

Frente a actos y manifestaciones de esta índole, que evoco entre tantos otros que sería fácil enumerar, podemos afirmar que en medio de las inevitables contrariedades y de las íntimas amarguras que la vida pública depara aún a los más afortunados — y todos sabemos que Gallardo las tuvo — podemos afirmar, decía, que en Gallardo se cumplió para mayor esplendor de la República y de su gobierno el voto auspicioso con que el Señor Nuncio de su Santidad, le brindó el banquete ofrecido por el Cuerpo diplomático en vísperas de un viaje a Europa, cuando le dijo: «Señor: que todo os sea próspero, fausto y venturoso.»

* * *

Había sido antes presidente del Consejo Nacional de Educación. Desarrolló allí una actividad intensa y creadora con el concepto de que la instrucción primaria es una justicia hacia el pueblo y una necesidad para la sociedad. La difundió con amplitud: se hizo cargo del Consejo cuando funcionaban 2000 escuelas, y tres años después estaban abiertas 1300 más, sin que el presupuesto se recargara con el sueldo de un solo empleado administrativo nuevo. Estimula

la tarea docente en las escuelas primarias, en las escuelas militares, en las escuelas de adultos y en las de la ley Láinez, manteniendo la orientación nacionalista y patriótica que les fijó José María Ramos Mejía. Propende a que la enseñanza sea eminentemente práctica, a base de observación, de objetivación, y de experimentación y puede señalar como un éxito de sus empeños el hecho de que la escuela argentina entra en una nueva vida, dejando atrás, desaparecida para siempre la antigua enseñanza dogmática que acepta como verdad incontrovertible la infalibilidad de los maestros y en cuyo seno el niño era un elemento pasivo destinado a ser atiborrado de conocimientos.

Pero nada más elocuente, como programa de su labor al frente de la instrucción primaria de la República y como expresión de su pensamiento, que la fórmula del voto profesional que hizo sancionar por el Consejo. Debe tener por escenario la escuela, como actor al maestro, por testigo la bandera y por público a los niños y se concreta en estos términos conceptuosos y elevados: «¿Prometéis conservar para la niñez argentina la dignidad y la entereza de carácter; guardar y venerar el tesoro de la historia patria;

su tradición gloriosa, sus símbolos benditos, su espíritu democrático y humanitario; cuidar que nadie sea osado profanar, ni aún con el pensamiento, los fueros de la nacionalidad?

«¿Prometéis amar a vuestros educandos, guiarlos por la senda de la virtud, enseñarles la verdad y la justicia, orientarlos en la vida del trabajo, de la libertad y del orden, servir al país y a sus instituciones prescindiendo de todo interés personal, con honor, con lealtad, con abnegación, con valor y constituiros en ejemplo de vuestros discípulos?»

«Si así lo hicierais, que la sombra de nuestros mayores y esta bandera, es protejan y si no que estos niños os lo demanden...»

* * *

Este hombre de ciencia, formado en sus disciplinas, cultor de sus verdades e investigador de sus secretos, plantea el problema de la formación del espíritu universitario como más importante que el de la instalación material y sostiene la necesidad de un poderoso foco científico original que vivifique la enseñanza, en todos sus grados y que señale rumbos a la cultura general del país.

Pero era además un creyente en las fuerzas morales; les rendía homenaje; las consideraba resortes eficaces y fecundos para hacer más digna y bella la vida y para acrecentar sus energías creadoras, y llevaba encendida en el fondo de su alma la fe del creyente católico. A los estudiantes del Colegio nacional, en el acto de la colación de grados les dice: «El carácter se pone a prueba en la adversidad. Las épocas de abundancia y de excesiva comodidad material destemplan los caracteres y se abandonan los ideales elevados para caer en el sibaritismo que sólo se preocupa de los goces materiales. El sufrimiento eleva el espíritu y robustece las fuerzas morales.»

Viene instintivamente a la memoria la sentencia de Estrada: «¡Nada hay fecundo sobre la tierra como el dolor!»

Pero Gallardo amplía y completa su pensamiento con una manifestación de fe optimista, y dice: «En los momentos de confusión y de incertidumbre no debemos perder la cabeza ni entregarnos a vanas lamentaciones por la prosperidad perdida o disminuída, sino aferrarnos a los principios morales fundamentales que han hecho la independencia y la grandeza de nuestro

país, confiando en que, también ahora, ellos nos han de permitir salvar los escollos y nos han de dar el triunfo. Con ese signo venceremos!»

Que así sea, señores, totalmente y en definitiva, como va ya siéndolo parcialmente y que por la irradiación espiritual de sus fuerzas morales, en la labor solidaria con sus grandes recursos materiales, la República, en su integridad, domine la crisis que la perturba, salga de ella restaurada y fortificada, retemple su confianza en el presente y encienda los resplandores del optimismo en la visión del futuro, — mientras su capital realiza el voto de Gallardo en la inauguración del mástil obsequiado a la Nación por la colectividad italiana en recuerdo de la visita del príncipe Humberto cuando dijo: «Así como las antenas venecianas marcaron el apogeo triunfal de la reina del Adriático en la culminación de su desarrollo comercial, que Buenos Aires, enriquecida también por el comercio, produzca como el coronamiento de su evolución cultural, un florecimiento artístico propio, comparable con el que alcanzó la poética y estupenda ciudad de los mercaderes venecianos!»

* * *

Por eso creía también en el patriotismo como la fuente más rica, generadora de ideales y de inspiraciones generosas, y como la fuerza propulsora más abundante en energías individuales y en pasiones colectivas.

A los jóvenes alumnos del Colegio nacional les dice: «Estamos en uno de los baluartes originarios del patriotismo ilustrado argentino y vosotros que habéis sido formados en esta casa debéis continuar manteniendo esta gloriosa tradición de constituir la vanguardia de la cultura argentina.

«Aumentad para ello vuestros conocimientos, elevad vuestra moralidad y vuestra virtud, y exaltad vuestro patriotismo hasta un grado heroico si fuese necesario.»

Poco antes, al asumir las funciones de rector de la Universidad, definiendo el nacionalismo como uno de los dos puntos esenciales de su programa había dicho: «Estamos obligados a mantener sus tradiciones patrióticas y humanitarias, su elevado espíritu desinteresado, y la dignidad intelectual que siempre la han caracterizado aún en épocas más difíciles y de menores recursos que la actual. La Universidad no puede abandonar su ideal patriótico y na-

cionalista que es la razón misma de su existencia. Se ha dicho muchas veces que la ciencia no tiene patria. Pero la Universidad no tiene solamente por misión el estudio y progreso de la ciencia abstracta sino la formación del carácter nacional y de las clases dirigentes de la sociedad.»

«No debemos dejar zozobrar los ideales nacionalistas argentinos, revelados en nuestra epopeya emancipadora y confirmados en nuestra organización política, en medio de luchas que han costado mucha sangre y muchos dolores para reemplazarlos por ideologías contradictorias, que responden a otros sentimientos, a otras tradiciones y a otras necesidades.

«El alma argentina ha estado siempre abierta a todas las ideas, vengan de donde vinieran, pero quiere y debe resolver por sí misma sus actividades y ser dueña de sus destinos... Esta es, agrega, la gran obra de las universidades argentinas como encargadas de la formación ilustrada de la conciencia nacional. Estamos en nuestra casa y en ella debemos gobernar nosotros.»

Algunos años atrás había sentido ya la misma preocupación. En el desempeño de sus funciones de presidente del Consejo Nacional de

Educación había recorrido, en larga, fatigosa y molesta jira de inspección, los territorios nacionales del sur, visitando sus modestas escuelas primarias. Es un bello y emocionante documento literario la descripción de ese viaje. El informe es una página animada, sencilla y evocadora, llena de vida y colorido, descriptiva de la espléndida belleza panorámica de las zonas recorridas, con sus lagos, sus altas montañas, sus ríos caudalosos, su vegetación extraordinaria — y en medio de ese magnífico cuadro de la naturaleza — la pintura de las pobres y humildes escuelas primarias de la Nación, símbolos materiales y espirituales de su autoridad civilizadora y testimonios vivos del heroísmo civil de los maestros que las animan con su palabra, las embellecen con la enseñanza y las iluminan con el fervor de su patriotismo!

A ellas se ha referido hace poco, en su discurso a los maestros, el señor presidente de la Nación rindiendo cumplido homenaje a la labor civilizadora y patriótica que cumplen en la llanura inmensa o en la escarpada montaña, compartiendo el pensamiento de Gallardo como argentino y como hombre de gobierno, de asegurar por su intermedio, en mejores condicio-

nes de organización, el dominio espiritual efectivo de la Nación argentina sobre la tierra en que descansan y sobre la conciencia de los hombres y de los niños que las frecuentan!

* * *

Antes de poner término a esta exposición, cabe una referencia a las convicciones políticas de Gallardo. Este inició su vida política con el núcleo prestigioso de hombres jóvenes que en 1889 promovieron la organización de la Unión Cívica. Era entonces estudiante de ingeniería, y en la tarea le correspondió una participación importante por su inteligencia, sus vinculaciones y sus prestigios entre la juventud universitaria. Su nombre aparece con frecuencia en los actos de organización y de propaganda y su palabra firme y serena se escucha en las asambleas. Es así factor caracterizado en la determinación de uno de los más bellos y respetables movimientos de opinión pública producidos en la República, por el idealismo que lo inspiró y bajo cuyas sugerencias y estímulos pudieron reunirse hombres procedentes de los campos más contrarios de la vieja política argentina para luchar juntos por la restauración de la

moral y de las instituciones y por el predominio de las ideas sobre la fuerza, de las energías morales sobre los intereses materiales!

Gallardo frecuenta poco el comité, sus apariciones en política son fugaces y episódicas; su espíritu lo lleva instintiva e imperiosamente al laboratorio, a la investigación, al estudio de las ciencias. Pero hay un momento en que este fundador de la Unión Cívica de la Juventud tiene que definir su posición ideológica de manera inesperada, y lo hace con valentía y elocuencia. Es en 1926. Se discute en el Congreso la ley creadora de la embajada argentina en Italia. El debate, doctrinario al principio, resbala luego hacia el terreno de la política de actualidad. Se atribuyen al ministro de Relaciones exteriores declaraciones que no ha hecho y se le imputan propósitos que le son extraños. El ministro intenta la evasiva por discreción diplomática; pero el ataque persiste, arrecia y se concreta, y entonces Gallardo, altiva y dignamente habla con palabra improvisada, entre las aclamaciones de la Cámara y de la barra que lo hacen objeto de una ovación... Dice entre otras cosas ésta: «El señor diputado por la Capital me ha atribuído simpatías reaccionarias y

hasta supuesto que yo pudiese abrigar el deseo de ver que nuestras instituciones democráticas, fuesen modificadas, alteradas o subvertidas, en cualquier forma.

«Ahora ésto ya no es cuestión de gobiernos extranjeros ni de relaciones exteriores; y aquí no hablo tampoco como ministro de Relaciones exteriores, sino simplemente como ciudadano argentino. Como tal le puedo declarar al señor diputado y a la Cámara que mi fe democrática es absoluta, franca e incontrovertible — que tengo una absoluta fe en la democracia, aún en sus errores.

«Hay una frase alemana que dice que no se debe pintar el diablo en la pared, y de la misma manera digo que hay ciertos conceptos liberticidas que ni por vía de insinuación, ni siquiera como broma deben formularse porque van abriendo surco profundo y realizando una acción comparable a la de la gota de agua, preparando el espíritu público para procedimientos o actitudes que serían las más vituperables y las más tristes.»

Y al recordar estas palabras que todos los sectores políticos de la Cámara aplaudieron con entusiasmo, a mí se me ocurre, también ciudadano

argentino, al cerrar esta semblanza del doctor Gallardo, colocar bajo sus auspicios el voto por que en nadie se despierte, ni en pensamiento, el deseo de pintar en la pared la figura de ningún mandinga — ni el de la dictadura ni el de la demagogia — y que en cambio, todos juntos, en un movimiento de solidario patriotismo, dibujemos con rasgos firmes y seguros en el gran pizarrón de honor, la figura de la República viviendo la vida pacífica de sus instituciones, en el amanecer promisorio de las grandes esperanzas!

* * *

Señores:

Tales son, incompletamente resumidos, los antecedentes y motivos que justifican este homenaje que la Universidad tributa a la memoria del doctor Angel Gallardo, por resolución de su Consejo superior.

La colocación de su retrato en el despacho rectoral que ocupó, no es el frío y silencioso acto material de su ubicación en la pared: asume el carácter y las proporciones de un homenaje, correspondiente a la más intensa vida espiritual que la Universidad realiza, y para enal-

tecer la memoria de un ciudadano eminente. No será sólo un cuadro más en las paredes de este recinto; en el mundo espiritual de los recuerdos y de las evocaciones será una vida más, animadora y fervorosa — una vida de patriotismo, de ciencia y de fe religiosa, una vida en su conjunto útil y bella, de altas sugerencias, de nobles ideales y de labor sin descanso ni fatigas.

La Universidad anhela que la sanción de honor que este acto comporta, mirando hacia el pasado, sea también en sus proyecciones futuras, estímulo auspicioso y alentador para todos los que en su seno trabajen por su engrandecimiento, por la patria y la ciencia, al servicio de la civilización, entendida como el alma de la humanidad en su belleza, en su fuerza, en su libertad y en su responsabilidad!

EN LA INAUGURACIÓN DE CURSOS
EN LA FACULTAD DE CIENCIAS ECONÓMICAS

(Abril 9 de 1935)

Exmo. señor ministro de Justicia e Instrucción Pública;

Exmo. señor ministro de Hacienda;

Señor Decano;

Señores Académicos, Consejeros y Profesores;

Señoras;

Señores:

Me vinculan a esta casa recuerdos que arrancan de los días iniciales de su existencia. Fuí en ella profesor de derecho constitucional y administrativo comparados, al organizarse en 1910 el Instituto superior de estudios comerciales, cuna de la actual Facultad de ciencias económicas, por disposición de la ley 9254. Mantengo en mi espíritu entre las más gratas reminiscen-

cias de mi vida universitaria, las impresiones de aquel curso. El aula se llenaba; los alumnos ocupaban todos los asientos y algunos debían permanecer de pie. Unos eran contadores ya recibidos que compartían su tiempo entre la asistencia a clase y la atención de sus actividades profesionales ante la justicia o en instituciones privadas; y otros, jóvenes que seguían el curso normal de su carrera dentro del establecimiento. Todos igualmente asiduos en la asistencia, anhelosos de aprender, provistos de cuadernos y lápices para tomar apuntes, confundidos en un común sentimiento de disciplina y de jerarquía, actores conscientes y responsables en una obra de cultura y de progreso espiritual, en circunstancias en que el desorden imperaba en otros establecimientos de enseñanza. Terminada la clase rodeaban al profesor, formulaban preguntas, planteaban cuestiones, pedían la indicación de fuentes de investigación y de estudio, y más de una vez, bajo el estímulo de una inquieta curiosidad por saber, ponían en apuros al catedrático sorprendido por una imprevista interrogación. Los he visto después, o los contemplo ahora, profesores, consejeros, académicos, decanos de esta facultad, delegados

ante el Consejo superior universitario, al frente de grandes reparticiones del Estado o de importantes empresas privadas, en el desempeño de delicadas funciones públicas, inspirando o aconsejando la solución de los más graves problemas financieros y económicos de la Nación, y al recordarlos desde esta tribuna, habilitada para inaugurar los cursos del año, en mi condición de Rector de la Universidad, me complazco en saludarlos con emocionada simpatía como los primeros y generosos frutos, no por previstos menos útiles y fecundos, de la labor cultural realizada en esta facultad al servicio del progreso de la República por la mejor y más ilustrada dilucidación de sus complejas dificultades de orden económico y financiero!

Y al vincular esta reminiscencia personal de los cursos iniciales de la enseñanza superior en esta casa con la referencia a los resultados obtenidos en el transcurso de pocos años, afirmo mi convicción de que este nuevo órgano de la vida universitaria argentina respondía al crearse a un anhelo de estudiar que debe ser siempre estimulado y satisface una necesidad de orden social y colectivo que debe igualmente ser siempre atendida, para justificación de los sacrifi-

cios del Estado y como medios de realización de la prosperidad pública. Así la Facultad, en la esfera de su acción, contribuye con eficacia a que la Universidad cumpla también con mayor amplitud una de sus primordiales funciones: la de ilustrar a la democracia.

En efecto, si es sagrado deber el de instruir al soberano, como se ha dicho, para definir la tarea de enseñar al pueblo por la difusión de la instrucción primaria, no lo es menos el de ilustrar a la clase dirigente por la más amplia extensión de la cultura superior, en la diversidad de formas y manifestaciones que ésta puede asumir. Colocar al ciudadano en condiciones de votar conscientemente y de elegir con acierto sus mandatarios, es sin duda tarea esencial en la vida democrática; pero lo es igualmente la de preparar a sus gobernantes, moral e intelectualmente, para que dirijan sus destinos con felicidad y honor.

Para que las instituciones democráticas arraiguen y perduren, lozanas y vigorosas, en ambientes de orden y de justicia y entre el esplendor de la libertad asegurada como un bien colectivo, es necesario que los núcleos sociales dirigentes, componentes de la clase gobernante,

hayan recibido los estímulos y las inspiraciones de la ilustración, y sentido, bajo la influencia de ésta, encenderse los ideales que amplían y embellecen los horizontes de la vida, suscitarse las energías creadoras que facilitan su realización y atemperarse los impulsos primitivos y sin rumbo, por la tolerancia y las disciplinas de la solidaridad social.

Los conceptos de autoridad y mando, correlativos de los de obediencia y subordinación, para que no encaucen la vida colectiva por los caminos igualmente peligrosos de la anarquía o del despotismo, deben conciliarse en normas de justicia social, en garantías de libertad y de organización democrática, sobre la doble base de la jerarquía y de la disciplina, como expresiones de una superior cultura y de una mayor dignificación de la vida humana.

Cuando hablo de ilustrar a la democracia, aludiendo naturalmente a sus núcleos dirigentes cada vez más amplios, no entiendo referirme exclusivamente a la tarea docente de instruir la inteligencia; comprendo también, como parte integrante y en ciertos aspectos predominante, la función cultural de formar y dignificar el carácter para que cada existencia humana pueda

ser centro generador de nobles y altos pensamientos y fuente generosa de fervores espirituales para realizarlos.

Este doble aspecto de una de las funciones principales asignadas a la Universidad, entre otros de sus grandes objetos, acrece su importancia ante el hecho de que el gobierno del país está prácticamente en manos de los egresados de sus aulas. Una información personalmente recogida me permite establecer que en la Cámara de diputados hay 57 abogados, 27 médicos, 8 ingenieros, y un solo contador público, y que, dentro de los 30 senadores sólo dos carecen de título universitario. De los 14 gobernadores de provincia también sólo dos no son egresados de la Universidad. Situación semejante se comprueba en el estudio de la organización ministerial y de las legislaturas de los gobiernos locales. No figuran aún los doctores en ciencias económicas; ya les llegará el turno; mientras tanto los vemos actuar destacadamente en altas posiciones administrativas y en el desempeño de delicadas funciones públicas, de honor y de responsabilidad.

Esta predominancia de la clase universitaria en la dirección superior del gobierno, actualiza

y acrecienta en días de tormenta el deber de la Universidad de acompañar a una sólida preparación científica una firme y fecunda enseñanza moral.

No basta vivir, conservar la salud y el vigor corporal, desenvolver las actividades individuales dentro de las reglas del derecho y las sanciones de la justicia, embellecer la existencia con el cultivo de las artes y de las letras, elevar su nivel bajo la influencia y a la luz de las ciencias, encauzar los esfuerzos personales por el progreso común en diversas carreras profesionales; sobre todo es necesario vivir honestamente, con el concepto de que la vida honesta es, según se ha dicho, el índice más seguro de la salud del cuerpo social y al mismo tiempo su condición y de que la honestidad armoniza el poder de la inteligencia y la fuerza de la voluntad, en una unidad demostrativa de que los bienes son inseparables de los deberes y de que sobre los ciegos instintos corresponde que triunfen siempre las normas morales.

Ilustrar la democracia no es, pues, ni puede ser sólo enseñar la verdad científica, como la vemos, la sentimos o la concebimos; es, además, disciplinar la voluntad dentro de las reglas de

la moral y orientar hacia el bien las fuerzas de la inteligencia. De esa manera las profesiones, sin dejar de ser medios de ganar la vida, pueden enaltecerse en su ejercicio por la probidad en las relaciones con el cliente y el colega, por el desinterés frente al desvalido, por los sentimientos de belleza, de arte o de consagración al estudio o a la investigación científica que coronan como una aureola de honor la frente de los sabios, de los investigadores o de los descubridores; — las universidades, y, en su caso, — cada una de las facultades o de los institutos que la constituyen no son meras oficinas expedidoras de diplomas sino centros de cultura, órganos de la vida nacional en cuyo seno se elaboran las más altas expresiones de la civilización y se forjan los nobles ideales de la humanidad para ser objeto de su culto y de sus afanes; y así también la vida pública, en cuyas agitaciones tanta proporción corresponde de hecho a los universitarios, se magnifica en su contenido íntimo, se dignifica en sus medios de acción — se espiritualiza y se inflama en el homenaje a los principios y a las ideas — y adquiere la luminosidad de un vasto y movido escenario en el que los hombres luchan, empujados, no

por el estímulo perturbador de la ambición y tras un interés personal, sino por las fuerzas fecundas del patriotismo y en pos del esplendor moral y la grandeza material de la Nación!

* * *

La Universidad cumple integralmente su función docente cuando a la enseñanza científica añade esta otra de índole moral que espiritualizando la vida humana la hace más apta para el cumplimiento de sus fines sociales. Pero la eficacia de esa enseñanza radica más que en los métodos en la autoridad de quienes la imparte; antes que a la inteligencia, para inculcarle sus principios, ella se dirige al corazón y procura llegar hasta la intimidad de la subconciencia, moviendo las fibras secretas de la sensibilidad. Para que triunfe debe haber una firme y fecunda correlación entre los principios que se proclaman desde la cátedra como normas directivas de la actividad individual y la realidad de la labor que en la vida personalmente se desarrolla.

Acaso en nuestros días en ninguna esfera sea todo ésto tan cierto como en la de la enseñanza de estos institutos destinados a formar técnicos para la alta contabilidad pública del

Estado y para la dirección superior de las actividades comerciales e industriales de un país. La importancia y la extensión que éstas asumen, la trascendencia de su acción dentro de la colectividad por las fuerzas que concentran, las esperanzas que encienden y las responsabilidades que generan; la extensión de sus consecuencias, en el éxito o en el fracaso, dentro y fuera de un país, sobre el organismo económico y financiero del mismo, imponen la probidad junto con la preparación científica como la primera condición en quienes han de ejercer las funciones de iniciadores, de consejeros, de directores, de controladores o de informantes técnicos y hacen necesario que se mantenga en ellos, vigilante y despierta, la conciencia moral para que en su llama serena, pero permanente se queman, como insectos dañinos, todas las tentaciones con que el interés privado procure perturbar el recto criterio, torcer el buen consejo o adulterar la clara emisión de la verdad.

La vida comercial e industrial que en la actualidad reviste formas y asume proporciones otra desconocidas, requiere como consecuencia, en interés público, órganos de vigilancia y de asesoramiento que sólo una preparación espe-

cial, científica, puede proporcionar con eficacia, e impone al Estado deberes de protección a los que no puede sustraerse. La actividad misma del Estado para afrontar sus propios problemas económicos y financieros, cada vez más complejos y desconcertantes, para resolver su crisis, organizar su administración, manejar su crédito, proveerse de recursos y ayudar en su desarrollo la economía privada; la actividad del Estado frente a los problemas planteados por las cifras del intercambio, por las perturbaciones del régimen monetario, por las complicaciones del sistema de economía dirigida, y por los excedentes de la producción industrial de artículos de primera necesidad, esta actividad del Estado, decía, para ser previsor a la par que eficazmente constructiva reclama un asesoramiento técnico que sale del cuadro de la preparación normal de los hombres de gobierno para entrar en el dominio de la especialización científica. La intervención en el estudio y solución de estas cuestiones, de técnicos en contabilidad, en estadísticas, en organización bancaria, en seguros, en sistemas monetarios, en regímenes fiscales impositivos, etc., es un hecho general y diario, que ha comenzado a producirse también

en la República con éxito alentador en la mayoría de los casos y con resultados que hacen honor a la enseñanza suministrada en esta casa.

Por eso su organización en la época en que fué resuelta debe considerarse un acto de previsión patriótica y su perfeccionamiento constituye un deber de orden público para que el tiempo concorra a producir el mejoramiento de los nuevos frutos y la experiencia de los negocios y de la vida pública haga madurar los que ha incorporado ya a las actividades de la Nación.

Y digo esto porque he oído con frecuencia formular esta crítica: los doctores en ciencias económicas y los demás profesionales egresados de la Universidad de Buenos Aires son teóricos, hay que precaverse de sus opiniones meramente empíricas. Es posible que a veces así sea; pero eso mismo ocurre en la generalidad de las profesiones; el abogado, el médico, el ingeniero no son propiamente tales mientras no han encontrado en el ejercicio profesional o en la práctica hospitalaria la oportunidad concreta de completar con la experiencia la ciencia adquirida en el aula. El contacto con la realidad, la actividad permanente en medio de los negocios y la sollicitación asidua de los problemas económicos

y financieros como temas de estudio y material de experimentación, harán que con el tiempo las enseñanzas teóricas de la cátedra se amplíen y se consoliden y que los egresados de ayer, y los de hoy y los de mañana sean sucesivamente los prácticos, expertos e ilustrados asesores del Estado y de los individuos en el orden económico y financiero.

Señores:

El decreto de 26 de febrero de 1910, presidencia Figueroa Alcorta, ministerio del doctor Naón, al crear el Instituto de Altos Estudios Comerciales, puede afirmarse que inició la organización de éstos en la República de tal modo que ahora habría sido permitido conmemorar sus bodas de plata. Pero las autoridades de la casa han pensado sin duda que es preferible y más oportuno hacer esa celebración cuando se cumplan los 25 años de funcionamiento de la Facultad de Ciencias Económicas, instalada en ejecución de ley 9254, iniciada por el diputado doctor José Arce e informada por el diputado doctor Federico Pinedo, padre, quien pudo augurar, repitiendo un conceptuoso pensamiento de

Avellaneda que habría en esta creación la incubación de futuros destinos.

Ellos comienzan a realizarse con la promesa de mayores éxitos, y ante esa auspiciosa perspectiva surge un voto que las circunstancias hacen imperativo y que yo lo formulo, en el acto inaugural de los cursos del año; que esta Facultad continúe realizando su función y sus destinos, con ilustrada labor y patriótica energía, y pueda proveer así a la República de profesionales capacitados para servir con eficacia la labor de sus fuerzas vivas, de su producción, de su comercio y de su industria, y dotarla a la vez de hombres de gobierno habilitados para orientarla e impulsarla tanto en las horas normales de su expansión como en las tormentosas de sus crisis cuando hacen falta los vigías expertos que señalen los riesgos, y los timoneles hábiles y serenos para llevar a puerto seguro, y entre los escollos evitados, la nave en peligro.

EN EL ACTO DE LA ENTREGA DEL TÍTULO DE DOCTOR «HONORIS CAUSA» Y DE LA MEDALLA CONMEMORATIVA DE SU VISITA, AL EXCMO. SEÑOR PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS DEL BRASIL, DOCTOR GETULIO VARGAS.

(Mayo 23 de 1935)

Excmo. señor Presidente de los Estados Unidos del Brasil;

Excmo. señor Presidente de la Nación Argentina;

Excmos. e Ilustrísimos señores;

Señoras;

Señores:

La Universidad de Buenos Aires vive hoy un día de honor insigne y de profundas impresiones, en cuyas intimidades hay fuerza evocadora, afirmación de voluntad y sugestión de esperanzas. En el aula magna de uno de los institutos

docentes de su dependencia y dentro de las severas formas de un acto académico recibe la visita de dos Presidentes americanos, diplomados universitarios. A su entrada las banderas de sus países respectivos se han inclinado, como en un movimiento espontáneo de recíproco y efusivo homenaje y en su presencia las notas metálicas de sus himnos nacionales han puesto al unísono y en armonía, la vibración material de sus acordes con la emoción cordial de los corazones, trasuntada en el aplauso y en la aclamación calorosa con que profesores y estudiantes los han acogido triunfalmente, como a huéspedes de excepcional dignidad, heraldos de la confraternidad internacional, y en esta hora, guardadores prestigiosos de esta cosa sagrada que es la amistad brasileño-argentina, joya preciosa, milagrosamente salvada por el buen sentido de pueblos y gobiernos, de entre las rivalidades belicasas de la Colonia y las suspicacias diplomáticas de días más cercanos!

Así, mejor acaso que en ninguna parte, en el ambiente de la Universidad, centro de la superior cultura y del patriotismo ilustrado, y cumbre de la vida espiritual de la Nación, el apretón de manos en que los jefes de Estado exterior-

rizan protocolarmente la fraternidad de sus pueblos, se eleva en su concepción, se amplía en sus inspiraciones y se magnifica en su contenido. Bajo la influencia de las emociones que el acontecimiento despierta, la línea demarcadora de los dominios territoriales trazada en el mapa geográfico conforme a la tradición histórica, a los tratados o a los pronunciamientos arbitrales, esa línea que tantos afanes suscitó en el pasado, que tantos celos y angustias provocó en los pueblos y que tanto y tan noble ardor encendió en la acción diplomática de sus dirigentes, — esa línea parece que se borrara esfumándose en la penumbra de los viejos recuerdos, mientras los espíritus se confunden en el culto fervoroso de comunes ideales civilizadores y en el apasionado homenaje rendido a las fuerzas morales, eternamente emotivas y fecundamente creadoras!

La Universidad de Buenos Aires tiene una vida casi contemporánea con la de la Nación misma, cuyas vicisitudes ha compartido, de cuyas entrañas ha sacado la sustentación moral y cívica que la anima, y a cuya grandeza ha consagrado invariablemente su labor cultural y la acción de sus diplomados. El decreto ereccional que la creó lleva a su pie las firmas del general

Martín Rodríguez, guerrero glorioso de la Independencia y de don Bernardino Rivadavia, «el más grande hombre civil de la tierra de los argentinos», según reza la leyenda grabada para siempre en la piedra de su monumento consagratorio, reproduciendo palabras clásicas de Mitre. El acto de la instalación cumpliéndose en la vecina iglesia de San Ignacio, con la pompa y el esplendor de las grandes ceremonias cívico-religiosas de la época, y en presencia de las autoridades civiles, militares y religiosas y del cuerpo diplomático y consular acreditado ante el Gobierno. De esa manera y conforme al espíritu del decreto ereccional de la Universidad quedó ésta consagrada desde la cuna como centro de cultura superior, liberalmente abierto a todas las corrientes de opinión científica y como escenario destinado a recibir y expandir alternativamente la luz que le llegara de todos los rumbos y la que esplendiere de su propio seno, creada por el pensamiento argentino.

Leal a su origen y consciente de su responsabilidad, ella se ha enorgullecido en acentuar esa característica desde los días iniciales de su existencia hasta el presente, ofreciendo con amplitud sus tribunas de conferencias y sentando con

dignidad en sus cátedras de enseñanza a profesores europeos y americanos, de las más diversas procedencias, con el concepto de que la ciencia pertenece a todos los pueblos y sus conquistas son el patrimonio colectivo de la humanidad, encumbrada por su poder hasta la alta cima para la más clara visión de sus destinos e iluminada por sus resplandores en los caminos de su realización!

Esa relación espiritual de cultura, de comunidad en el esfuerzo de investigación científica, de confraternidad en la zona de la enseñanza superior y de intercambio de ideas, de profesores y de estudiantes con ninguna Nación ha sido tan intensa, continua y fecunda como con los Estados Unidos del Brasil, con cuyos universitarios, falange esclarecida del patriotismo, de la ilustración y de la vocación científica de su país, los argentinos nos sentimos honrados en mantener un estrecho vínculo que el tiempo consolida y va anudando fuertemente, como comprobación de que no es en los campos de batalla, sino en la Universidad, en los institutos de enseñanza y en sus laboratorios científicos, donde reside el secreto de la grandeza de nues-

tras patrias y de su predominio pacífico en el concierto internacional!

Excmo. señor Presidente del Brasil:

La Universidad de Buenos Aires desarrolla su vida con sujeción a la ley Avellaneda, así llamada en recuerdo y homenaje de quien siendo su autor, fué también rector esclarecido, de alta cultura y de palabra esplendorosa.

El ex presidente de la Nación Argentina, un día en que hacían crisis las relaciones diplomáticas con el Brasil con motivo de la cuestión Misiones, embarcóse silenciosamente rumbo a Río de Janeiro, despojado de toda investidura oficial, pero investido de hecho con la representación del pueblo argentino. Era un mensajero de confraternidad, en cuya palabra vibraba con elocuencia el anhelo de la paz. Recibido cordialmente, fué luego aclamado y al fin despedido como triunfador. En el banquete ofrecido por la prensa y el comercio brinda por la prensa de Río de Janeiro, por que sea nuncio de verdad para su pueblo y por que el honor, la libertad y el bien nacional sean siempre el alma de sus empresas; brinda por la prosperidad industrial del Brasil, por el honor y la gloria de la tribuna bra-

sileña declarando que lo hace después de haber contemplado los espectáculos de la naturaleza y admirado los discursos de sus grandes oradores y juntando con designio uno y otro recuerdo por que «sobre su suelo fecundo y sobre la elocuencia férvida de sus hijos, baja igualmente un rayo de luz desprendido del cielo de los trópicos», y brinda por último, resumiendo sus íntimos sentimientos, en un voto supremo, «por la amistad constante del pueblo brasileño y del pueblo argentino, por la fraternidad de nuestras dos naciones».

Y horas antes de embarcarse de regreso, en conversación privada con el Emperador Don Pedro II, en respuesta a una pregunta de éste sobre el porvenir de la República, el rector Avellaneda, contesta: «El porvenir de mi país como el del Brasil y el de la América toda, se nos aparece en la actualidad como un misterio. La unión de las razas guarda aún el gran secreto. Pero lo que sabemos y palpamos es la necesidad de la paz. En las manos del Brasil y de la Argentina está implantarla en el derecho americano.»

Han pasado cincuenta años, el misterio ha sido develado, y los hechos realizan el pronós-

tico del gran estadista argentino, compartido por el Emperador ilustre, comprobando que el destino del Brasil y de la Argentina es practicar la paz en sus relaciones, sin recelos ni suspicacias, y servir como lo hacen en esta hora, de agentes propulsores de la misma entre las naciones de América, para que sobre sus anchas y sólidas bases, extinguidos los fuegos destructores de la guerra se afirmen las conquistas de la civilización, y disipado el humo de las batallas se levante en el continente americano, entre las luces del arco iris de la concordia, la imagen de una humanidad enaltecida en su cultura, embellecida en sus sentimientos y dignificada en sus ideales por el espíritu sereno y fecundo de la solidaridad social!

Evoco en este instante el nombre y palabras de Avellaneda, sin olvidar el de ninguno de los eminentes amigos que el Brasil ha tenido en todo tiempo en la Argentina, porque podríamos repetir ahora, en Buenos Aires, su brindis y sus votos, como saludo de bienvenida a los componentes de la comitiva presidencial, y porque quiero colocar bajo los auspicios de su memoria de gran rector de la Universidad y de su feliz actuación en Río de Janeiro, la entrega del di-

ploma de doctor *honoris causa* que el voto unánime de su Consejo superior os ha conferido como la más alta distinción a su alcance, como homenaje a vuestra patria en vuestra dignísima persona y en atención a vuestro título universitario, a vuestra labor jurídica como abogado y funcionario judicial, por vuestro aporte a la reciente y fundamental renovación de las instituciones políticas y de la legislación de vuestro país, comprendiendo en ella reformas de orden profesional y universitario, y por vuestra eminente condición de Presidente de los Estados Unidos del Brasil, sincero y efusivo amigo de la Argentina!

Os lo entrego con viva emoción en mi carácter de Rector de la Universidad, junto con esta medalla acuñada especialmente con su sello oficial en recuerdo de vuestra visita, e invocando a la vez con el celoso y justificado orgullo de una altísima dignidad universitaria, mi condición de doctor *honoris causa*, acordado hace años por vuestra Universidad de Río de Janeiro; y os lo entrego en acto que hemos querido que sea solemnizado con la concurrencia de las autoridades de la Nación y en presencia del Presidente argentino, egresado prestigiosamente de

sus aulas con el título de ingeniero civil, deseosos de que el homenaje asuma así su más amplia y trascendente significación, dentro del jubiloso entusiasmo con el pueblo argentino os acoge!

Distinción semejante, con igual o equivalente título en cuanto al concepto fundamental, la han alcanzado con anterioridad Quintino Bocayuva, Manuel Ferraz de Campos Salles, Ruy Barbosa, Lauro Müller, Epitacio Pessoa, Miguel Couto, Osvaldo Cruz, Manuel Alvaro de Souza Saá Vianna, Clovis Bevilaqua, Carlos Chagas, Rodrigo Octavio y otros eminentes compatriotas vuestros que han alumbrado con su pensamiento el escenario de la vida pública, enriquecido la ciencia con sus investigaciones y sus descubrimientos extraordinarios, sobre todo en medicina, o dignificado con su patriotismo el ejercicio de las instituciones democráticas, y a quienes la Universidad de Buenos Aires o sus diversas facultades han sentado espiritualmente en altas sillas curules al lado de Mitre, de Alberdi, de Urquiza, de Sarmiento, de Rawson, Avelleda, Bernardo de Irigoyen, Roca, López, Gorostiaga, Tejedor, Pellegrini, Estrada, Roque Sáenz Peña, Del Valle, Pirovano, Ameghino, Alcorta, Elizalde, Montes de Oca, Quintana,

Bermejo, Huergo, grandes figuras del patriciado, de la ciencia o de la vida pública argentina, con el voto íntimo de que compartan solidariamente la inspiración de los destinos y la dirección tutelar de la vida de estas dos grandes naciones de Sudamérica — los unos con el ejemplo y el recuerdo de sus ideas desde la serenidad de sus tumbas gloriosas — los otros con la palabra y la acción desde la zona de la superior cultura como fuente generosa de armonía, de tolerancia, de paz y de fraternidad en los corazones!

Hace 20 años Ruy Barbosa ocupaba la tribuna académica de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de Buenos Aires y pronunciaba desde ella, ante nutrido y calificado auditorio una conferencia magistral, en la que no se supo entonces ni se sabe ahora qué admirar más, si la opulencia del pensamiento que la animaba o el esplendor de la elocuencia que lo traducía.

Al terminarla recordaba las palabras con que Fichte en sus mensajes a la nación alemana, apelaba del poder de la fuerza para el poder del espíritu. «No luchéis, decía, por conquistar con armas corpóreas, pero teneos firmes y erguidos en la dignidad del espíritu ante vuestros antagonistas. Vuestro es el destino superior de fun-

dar el imperio del espíritu y de la razón, destruyendo a los rudos poderes de la materia su dominio de regidores del mundo.»

He ahí, Excmo. Señor, en la conquista del imperio del espíritu una misión de honor que pueden cumplir nuestras universidades, rivalizando noblemente en el afán, y como medio de realizar en ambientes de confraternidad internacional, las promesas y los anhelos comunes consignados en los preámbulos de nuestras respectivas constituciones políticas y que la vuestra, de reciente promulgación, ha concretado en la organización de un régimen democrático que asegure la unidad nacional, la libertad, la justicia y el bienestar social y económico, en nombre del pueblo y bajo la advocación de Dios, reintegrado en el texto constitucional y tras largo tiempo, a la dignidad superior de fuerza espiritual tutelar de los destinos humanos!

A ellas les incumbe esa tarea, como propia, si las universidades, esas admirables máquinas civilizadoras de que hablaba un día Rodrigo Octavio, han de tener un alma y su misión con ser patriótica no ha de consistir en disciplinar soldados para el ejército y en mantener despier-to el culto por las glorias militares, sino, como

lo tengo dicho, en preparar ciudadanos para el gobierno, difundir las ciencias y las letras, ilustrar las inteligencias, encender en los espíritus la luz de los principios directivos, marcar rumbos para la solución de los grandes problemas, formar el alma nacional de la patria, que es algo más que el territorio de fronteras inviolables, con la fuerza por escudo y garantía, porque es y debe ser una robusta unidad moral, generosa y expansiva, constituída de recuerdos y de ideas, de tradiciones y de esfuerzos, de afectos y de pensamientos, con la bandera como emblema y con el himno como inspiración en el concierto de la solidaridad universal!

Que realicen ellas esa tarea y cumplan esa ascensión luminosa espiritualizando la vida, embelleciéndola todos los días con nuevas conquistas en la ciencia, las artes y las letras e imponiendo el imperio de las fuerzas morales, bajo la custodia de honor de sus ejércitos, cubiertos de gloria, reserva sagrada del patriotismo, y nuestros pueblos podrán seguir la marcha triunfal, estrechándose las manos, juntos los corazones, desplegadas en alto las banderas hermanas, al son acompasado de los himnos que can-

tan las victorias de la paz entre los esplendores de la civilización.

Excmo. Señor Presidente de los Estados Unidos del Brasil:

En nombre de la Universidad de Buenos Aires muchas gracias por el honor de esta visita, y nuestros votos por que la Providencia inspire, ampare y haga fructificar vuestra obra de gobierno y por que en el magnífico escenario de belleza natural que es vuestra patria resplandezcan eternamente las luces de su grandeza moral, perennemente encendidas por la labor de las universidades!

INDICE

	Pág.
Aceptación del cargo de Rector de la Universidad. Mayo 17 de 1934	5
Al recibir el Rectorado de la Universidad. Junio 1º de 1934.	9
En el acto de la colación de grados de la Facultad de ciencias exactas, físicas y naturales. Junio 16 de 1934.....	27
En el acto de homenaje a la memoria de Alberdi. Julio 16 de 1934	37
En el acto de la entrega de diplomas del Colegio de Buenos Aires. Agosto 12 de 1934.....	53
En el acto de homenaje a la memoria de Mme. Pierre Curie. Septiembre 18 de 1934	67
En la inauguración del VI Congreso argentino de cirugía. Octubre 21 de 1934	73
En la inauguración de las Jornadas Agronómicas. Noviembre 9 de 1934	81
En el acto de homenaje a la memoria del doctor Angel Gallardo. Noviembre 20 de 1934.....	95
En la inauguración de cursos en la Facultad de ciencias económicas. Abril 9 de 1935.....	121
En el acto de la entrega del título de doctor <i>honoris causa</i> y de la medalla conmemorativa de su visita, al Excmo. señor Presidente de los Estados Unidos del Brasil, doctor Getulio Vargas. Mayo 23 de 1935	135